

AÑO III.

Madrid, 1.º de Marzo de 1878.

NÚM. 7.

DIRECTOR:  
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:  
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.  
Seis meses..... 11 »  
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.  
Seis meses..... 14 »  
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.  
Seis meses..... 4,50 »  
Tres..... 2,50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID

á donde se dirigirán los pedidos  
de suscripciones.

SUMARIO.

Influencia de la luna en el tiempo, por Henri de Parville.—Cultivos meridionales (continuación), por D. Manuel Casado.—Pasarse de listo, novela, por J. Valera.—El Paper hunt, por A. R.—El Foie gras, por D. Emilio Sanchez Pastor.—Los Llanos, propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Salamanca, por J. Luis Alvareda.—Un árbol habitable y un Castillo deshabitado, por D. Luis Oralle.—La caza del ciervo en Noruega, por C. T.—Carreras de caballos en Gibraltar.—Noticias generales.—Noticias de la sociedad, por La Casab.—Nociones de jardinería.—Tiro de pichon de Madrid, por Avelino.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

INFLUENCIA DE LA LUNA EN EL TIEMPO.

¿Ejerce la luna influencia en el tiempo? ¿Sí ó no?

«Sí», contestan sin vacilar los marinos, los agricultores, los campesinos..... y hasta los Pieleros y los indígenas de las islas de la Oceanía.

«No», replican categóricamente los astrónomos con la autoridad que puedan tener en la materia.

Bien es verdad que, sea dicho de paso, los normandos son los únicos que pueden salir del apuro contestando, como siempre, *ni sí ni no*.

Hace ya algun tiempo que la tradicion popular y los sabios andan en completo desacuerdo, y ni la una ni los otros quieren ceder en poco ni en mucho de su opinion. Provincias hay que creen en las influencias lunares, mientras otras las niegan rotundamente.

M. Faye, conocido astrónomo, ha refutado la tradicion popular en cinco sesiones, dedicadas en la Academia Francesa á la pretendida influencia de la luna.

«Voy á demostrar, ha dicho el célebre académico, que á despecho de la opinion general, es la luna inocente de los cambios atmosféricos que se la atribuyen.»

Los más elementales tratados de astronomía y los magistrales tratados de cosmografía se despachan argumentando á su gusto, como M. Faye, contra la luna. No existe un sustituto en colegio alguno que no se encoja de hombros cuando de la influencia de dicho satélite se trata; no hay una persona instruida siquiera que no se burle de los que creen en la influencia lunar. «Es una opinion —se dice— que es preciso dejar á los ignorantes.» Y la gente de moda da en repetir con la mayor fruicion que el satélite no es responsable de maleficio alguno. La cuestion, pues, se halla ya prejuzgada; es menester agruparla con la de la cua-

dratura del círculo y la del movimiento continuo. Punto concluido.

Tiene, sin embargo, este juicio sin apelacion su especial leyenda, cuyo recuerdo no será inoportuno en estos momentos.

Epoca hubo, no muy lejana de nosotros, durante la cual por todo el mundo, así en el campo como en las ciudades, se creía que la luna era la causa eficiente del buen tiempo y de las lluvias. La version contra esta creencia casi unánime, se ha operado recientemente.

En cierto dia del mes de Abril presentóse, segun costumbre, á Luis XVIII la Comision de las Longitudes, con el propósito de ofrecer al Monarca el primer ejemplar de *Los Estudios sobre el tiempo*. «Mucho me alegro de veros, señores, —dijo el Rey, — porque me vais á explicar con claridad, no sólo qué significa la luna roja, si tambien de qué manera ejerce su accion sobre las plantas.»

Laplace, al cual iban más particularmente dirigidas estas palabras, se habia cuidado poco de la luna roja y de su influencia, de modo que por de pronto dirigió á sus compañeros una furtiva mirada, que equivalia á una pregunta más; como ninguno contestára, hubo de salir del paso con la siguiente respuesta: «Señor, la luna roja no ocupa lugar en nuestras actuales teorías; hé aquí por qué no podemos complacer á V. M.»

El apuro del gran geómetra fué objeto en las Tullerías aquella misma tarde de burlas y de risas; pero de todos modos no se dió el golpe en vano, puesto que desde aquel instante la ciencia no desdeñó ocuparse del fenómeno que habia excitado la curiosidad del Monarca.

Tomóse nota en el Observatorio de la pregunta de Luis XVIII, y sus miembros iniciaron los estudios sobre la influencia de la luna roja en particular, y de la influencia de la luna en general sobre nuestro planeta. El mismo Laplace sometió al cálculo la accion del satélite en la atmósfera, y suplicó á Bouvard buscarse por su lado, en las observaciones há mucho tiempo acumuladas, si de la investigacion resultaba prácticamente accion alguna en el tiempo por la luna ejercida. Los resultados del análisis de Laplace y de las averiguaciones de Bouvard no confirmaron la popular tradicion. Más tarde, Arago renovó nuevamente la discusion sobre las antiguas y modernas observaciones, y acabó á su vez por observar que la luna, al parecer, no ejercia influencia apreciable en los cambios del tiempo.

Sabios grandes y chicos llevaron á todas partes la palabra del maestro, y los discípulos la propagaron en sus obras y en sus cursos. Nuestra generacion ha sabido aprovecharse de la teoria hasta tal punto, que en París y en provincias se ha hecho de buen tono dejar para las gentes sencillas de los campos la creencia de atribuir inocentemente al satélite que nos ocupa una influencia, cualquiera que sea, sobre la atmósfera de nuestro planeta. La reaccion data de la época de Luis XVIII, llegando hasta M. Faye, como se ve, es decir, hasta el año de gracia de 1877.

Vengamos ahora á los argumentos de la reaccion, que desde luégo podemos dividir en dos clases: teoría y observaciones.

El vulgo cree que la luna ejerce su influencia sobre el mar, ocasionando las mareas; sería, pues, sorprendente que no la ejerciera sobre el aire, siendo éste, como es, móvil en extremo. La creencia en las mareas atmosféricas ha sugerido á M. Faye la idea de que el prejuicio popular que él rechaza remonta al siglo xv, ya que sólo en aquella época los navegantes reconocian que el flujo y reflujo constituian un fenómeno general. Podriase á esta opinion objetar desde luégo que Platon se habia ya preocupado mucho con las mencionadas mareas, cuotrocientos años ántes de nuestra era. Plinio atribuye la causa, de un modo positivo, al sol y á la luna. «Cuando —dice el célebre naturalista— la luna se halla sobre el horizonte, el mar, como movido por la misma fuerza impulsiva, crece en altura. Empieza á descender hácia el Occidente; las orgullosas olas descienden con ella. Despues vuelven á su estado natural, cuando el satélite alcanza la parte del cielo opuesta á nuestro cenit.» Es muy probable, de todas maneras, que el prejuicio popular sea más antiguo de lo que piensa M. Faye; pero forzoso es consignar que recientemente personas instruidas han, indudablemente, procurado justificarlo, poniendo en boga la idea de las mareas aéreas.

Sea como fuere, la opinion que ha dado origen á los pronósticos sobre el tiempo, segun los cambios de luna, es tan antigua como el mundo. Pruebas nos ofrece el *Génesis* (1, 14, 15 y 16), y no faltan tampoco en los Evangelios (San Lucas, capítulo xii, 54). Aratus, dos mil años ántes de Jesucristo, consignaba los pronósticos lunares en sus *Fenómenos*. Varron, Théon, etc., se han ocupado mucho de las señales de bueno y mal tiempo dadas por el satélite en cuestion. Plinio consagró á ellas

casi un tomo entero de su *Tratado de Historia Natural*. Virgilio más de una vez las ha recomendado en sus *Geórgicas* á los agricultores. Theophrasto, en su *Tratado de los signos precursores de la lluvia*, dice que « la luna nueva marca generalmente una época de tiempos malos », etc. Fuerza es convenir que de los pronósticos á la influencia media una distancia muy corta. El prejuicio ha de contar ya, según parece, con una respetable existencia.

La luna, en suma, no puede lógicamente obrar sino de dos maneras: por su atracción ó por su calorífico. No es difícil hacerse cargo de la opinión vulgar acerca del primer punto; la luna atrae el aire, produciendo las mareas, que bien pueden representar un importante papel en los cambios del tiempo. Y contestan los astrónomos: « Estas mareas son ilusorias, absolutamente insignificantes. » « Si vosotros decís que la luna eleva las aguas del Océano, con más motivo ha de elevar el aire, que es más ligero. ¡Herejía científica contraria á la verdad! » Con efecto, la ley de atracción es la siguiente: los cuerpos se atraen en razón directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de las distancias. En este concepto, la luna ejercerá menos atracción sobre un cuerpo ligero que sobre un cuerpo pesado; por consiguiente, será mayor la del agua, que pesa aproximadamente mil veces más que el aire. Preciso es, pues, establecer que la atracción de la luna sobre el mar hacia el Ecuador apenas levanta las aguas á la altura de un metro (1).

¿A qué quedará, pues, reducida esta acción sobre el Océano atmosférico, tan ligero como tenue? Admitiendo que la marea aérea pudiese de algún modo apreciarse, el barómetro, que señala las menores fluctuaciones del aire, descendería bajo su acción. M. Bouvard sólo ha observado, con el instrumento á la vista, variaciones insensibles. Laplace había calculado que la atracción de la luna sólo se marca en el barómetro por cuatro décimas de milímetro, y la observación, según parece, confirma el matemático análisis.

En cuanto á la acción calorífica de la luna, observan los astrónomos, es tan insignificante como atractiva. M. Piazz Smyth encontró, con un instrumento muy sensible, que la radiación lunar equivale á la de una bujía colocada á 12 metros de distancia. Bueno es advertir, no obstante, que la luna se hallaba muy por debajo del horizonte. Sea como fuere, no es posible explicar con una acción tan débil los cambios atmosféricos. Hé aquí, en síntesis, á lo que queda reducida la teoría. Vengamos ahora á los hechos.

Por desgracia, los astrónomos reconocen que los hechos no corresponden á la tradición popular. Por más que se hayan atesorado observaciones, nada en claro se desprende de ellas. Verdad es que Toaldo, Flanguergues después, de Viviers, Pilgrano, Harrison, Johnson, del Observatorio de Radcliff; Schübler, M. de Gasparin, sobre todo, y otros muchos, han creído percibir cierta acción, pero tan indeterminada y vaga, que con dificultad puede apreciarse. ¿Quién es capaz de calificar de exacto, con plena conciencia, el sistema de Toaldo, consistente en atribuir seis probabilidades contra una de cambio de tiempo á la luna nueva, cinco al plenilunio, dos á cada uno de los cuartos, cinco en el perigeo, y cuatro, en fin, al apogeo? ¿Y qué se dirá de la famosa regla del mariscal Bugeaud? « El tiempo se ofrece 11 veces por 12, durante toda la duración de la luna, de la misma manera que se ha ofrecido en el quinto día de la luna, si en el sexto el tiempo es el mismo del quinto. Y 9 veces por 12, como el cuarto día, si el sexto de la luna se parece al cuarto. »

Probablemente el mariscal habría encontrado esta regla entre papeles viejos en la época de las guerras de España, cuando de simple teniente tomó parte activa en la toma de cierto monasterio. Esta regla, en el fondo, no es más que una sencilla variante de la fórmula de los antiguos: *Quartam maxime observat*.

Arago también, en los solícitos estudios dedica-

(1) No se trata, como podría creerse, de la atracción directa del sol y de la luna que levanta en las costas las aguas de los mares á 8, 10 y 15 metros de altura; nos referimos á la masa de las aguas que, procediendo de largas distancias, se levanta en pequeña cantidad y se halla entre las fragosidades de las costas ó en canales estrechos como el de la Mancha. Estas se levantan aprisionadas, y ganan en altura lo que pierden en extensión.

dos á este problema, declara formalmente que considera como un error la influencia de las fases lunares en los cambios de tiempo.

No obstante, en oposición á una idea muy generalizada, no rechaza por completo cierta influencia de la luna por lo que á las lluvias se refiere. Del análisis y de la discusión de las observaciones y pesquisas de Schübler, Pilgram, Poitevin y Gasparin, deduce que llueve con más abundancia el décimo octante de la luna que en cualquiera otra ocasión, y más también durante el perigeo que durante el apogeo. Pero como con frecuencia se han tergiversado las ideas y palabras del ilustre astrónomo, bueno será que reproduzcamos textualmente un trozo de su Memoria. Dice así:

« Limitándonos á los resultados principales, parece difícil destruir lo que de las premisas se desprende, esto es, que la luna ejerce cierta influencia sobre nuestra atmósfera; que en virtud de ella, llueve más á menudo hacia el segundo octante que en cualquiera otro período del mes, y que, finalmente, los menores síntomas de lluvia aparecen entre el último cuarto y el cuarto octante. Estos resultados distan mucho de las ideas generalmente admitidas por los geómetras, los físicos y meteorologistas más sabios; pero ¿qué podemos oponer á ellos? ¿No resultan de la discusión aritmética de las observaciones? Semejante concordancia no puede ser hija de la casualidad. Hay más todavía; notoria es la influencia de la luna en la atmósfera terrestre por las observaciones de otra naturaleza, más demostrativas, sin duda, que las que nos han ocupado. »

Sobre este propósito observa también Arago que:

« Las observaciones hechas en Ausburgo prueban, al parecer, que en Alemania los vientos del Sud y del Oeste son más frecuentes desde la luna nueva hasta el segundo octante... y... si se observa cómo la luna, por una acción física, produce estos cambios en la dirección del viento, los fenómenos que se refieren á las lluvias, á que nos hemos contraído, los fenómenos no menos conocidos que vamos á tratar, tendrán su explicación. »

Por más que Arago diste mucho de pasar por partidario de la influencia lunar, no deja de ser curioso que si existe un astrónomo que haya defendido la tradición popular, dentro de ciertos límites, sea precisamente el mismo á quien personas muy instruidas atribuyen siempre una opinión contraria.

No omitamos, en fin, en el proceso instruido contra el satélite objeto de las presentes líneas, el argumento último y perentorio de los astrónomos, argumento que debiera probar de una manera definitiva cuán absurda es la creencia de la acción lunar. Los efectos de la luna son generales; se aplican naturalmente, según se nota, lo mismo aquí que en otras partes; partiendo de esta verdad, preciso es observar que mientras llueve en París, por ejemplo, luce un magnífico sol en Orleans. Y, no obstante, la luna de Orleans ¿no es la misma que la de París? ¿Qué influencia debe, pues, atribuírsele? M. Faye observaba sobre este punto, en el Instituto, lo que sigue: « No se conocen las tempestades en Lima; jamás se ha dejado sentir en Santa Helena ni en el otro lado del Atlántico el estrépito del rayo, mientras casi todos los días retumba el trueno en las Molucas y en las islas de Sonda; por consiguiente, allí, como aquí, tiene la luna todas sus fases. En todas partes, por el contrario, el Océano sube ó baja siguiendo el satélite... »

En estos términos, la demostración es completa y perfectamente clara para el público instruido. Los astrónomos convienen unánimes en que nada tiene que ver el satélite con las variaciones del tiempo.

Hemos tratado ya de la parte más extensa, relativa á la opinión que hoy impera; séanos permitido ahora reanudar el asunto para colocarle dentro de sus ajustados moldes.

Por de pronto, nos asombra ver que sabios de verdadero mérito han discutido gravemente sobre el papel que las mareas aéreas han representado en los cambios atmosféricos y en la formación de las lluvias. El cálculo y la experiencia de consuno dicen que son insignificantes las mareas del aire, y que, aun cuando pudieran ser apreciables, serían insuficientes para producir las lluvias ó días de un esplendoroso sol. M. de la Palisse recordó, por más

que fuese vulgar, que para llover es necesaria el agua. Supongamos que la luna se convierta en gigantesco receptáculo que un silfo maligno abriera para inundarnos en ciertas ocasiones; pero como sin el agua la lluvia no es posible, aun cuando la luna elevara la atmósfera á prodigiosas alturas, no derramaría una gota de agua sobre nuestras cabezas si no se proveyera de ella en el aire (2). Para que se opere un cambio de tiempo, menester es que corrientes de aire, procedentes del Océano y saturadas de humedad, y vientos lluviosos, invadan nuestras latitudes, del mismo modo que para que la sequedad suceda á la lluvia, es indispensable que los vientos secos, venidos del continente, reemplacen á las corrientes húmedas. Si la luna, pues, ejerce una influencia cualquiera sobre el tiempo, es, sin duda alguna, haciendo prevalecer en una determinada región vientos secos ó vientos húmedos; en otros términos, el satélite debe únicamente residir en los cambios de las corrientes aéreas, secas unas, lluviosas otras, que se disputan las regiones de la atmósfera.

La marea aérea está, pues, desde el principio fuera de cuestión; la teoría actual, falta de base en que sustentarse, no responde tampoco al objeto.

No creemos, sin embargo, que la marea del aire esté absolutamente desprovista de influencia (3). Pretenden los marinos que la lluvia viene á menudo con las mareas, y Toaldo afirma que de 760 lluvias observadas, 646 han empezado cuando la luna pasaba por el meridiano, á un cuarto de hora poco más ó menos. Pero para que se ejerza esta acción, preciso es que la atmósfera se halle previamente dispuesta y que las corrientes acusadas la hayan saturado de humedad. Por más que la luna pasara una y mil veces por el meridiano, no llevaría el germen de la lluvia si el aire no estuviera impregnado de vapor acuoso.

Por todo lo cual es en extremo pueril prorumpir en las palabras siguientes: « Pero hay regiones en donde jamás llueve y, no obstante, obra sobre ellas la luna como en todas partes. » ¿Cómo puede obrar, ya que por estas regiones circula constantemente aire seco desprovisto de vapor acuoso? Otra vez es forzoso que observemos que donde el aire no contiene agua, no son posibles las lluvias. Por más que una bomba funcione en terreno seco, no dará una sola gota de agua.

Obsérvese por antitesis que, á pesar de todo, el Océano sube ó baja siguiendo á la luna. Natural es que así suceda, por la evidente razón de que por todas partes en que el Océano se encuentra, hay agua. La luna obra del mismo modo sobre los continentes y los mares.

Simplemente invocando el buen sentido, se ha llegado por precisión á buscar la influencia de la luna en el cambio de las corrientes atmosféricas, sin ir más allá. Fuera de estos límites, nada se ha encontrado.

Séanos ahora lícito preguntar: el papel de nuestro satélite en la distribución de las corrientes pluviales, ¿tiene en buena teoría razón de ser? Véamoslo.

La observación demuestra que el sol en su curso anual, pasando de un hemisferio del cielo á otro, lleva en pos toda la atmósfera terrestre; no sólo la traslada notablemente, si que también arrastra las corrientes que circulan en esta gran masa de gases. Los vientos alisios, por ejemplo, que en cada hemisferio reinan alrededor del Ecuador, se acercan durante el verano á nuestras latitudes,

(2) Para comprender cómo una elevación de aire puede ser causa de la lluvia, es preciso tener presente que un volumen de aquél jamás puede contener una cantidad de vapor acuoso dada por una misma presión y una misma temperatura. Si el aire se dilata ó se enfria, el exceso del vapor acuoso se resuelve en agua y produce la lluvia.

(3) La marea aérea, determinada por la atracción, es muy débil; no dirémos, no obstante, con la mayoría, que la marea producida por el calor lunar sea también insignificante. No hay para qué decir que un termómetro muy sensible apenas sentirá la influencia, en la superficie terrestre, de la radiación lunar. Los rayos del calor oscuro deben penetrar poco en nuestra atmósfera; el vapor acuoso de las capas superiores les absorbe casi en su totalidad, como ha demostrado Tyndall; pero no por ello se entregan en las alturas á un trabajo ménos enérgico. Los marinos aseguran que la luna se come las nubes, y bien pudiera ser. Los astrónomos, por su parte, empiezan á creer un poco en la influencia que nos ocupa. De todos modos, se han reconocido ya en el hemisferio austral mareas magnéticas producidas por nuestro satélite.

y se alejan de ellas en invierno. Los navegantes encuentran los vientos del Nordeste, en la estacion calurosa, por la travesia de Portugal, y les siguen en su extension hasta los alrededores del Ecuador. En invierno, por el contrario, la zona de los vientos alisios desciende con el sol y no se la encuentra más que hácia el 30° de latitud. Los vientos alisios del otro hemisferio atraviesan tambien el Ecuador cuando el sol penetra en el hemisferio boreal.

Los vientos del Oeste, por ejemplo, que atraviesan el Atlántico en verano á la altura de la Francia, descienden en invierno hasta ponerse más bajos que el Mediterráneo. Lo mismo acontece con las corrientes marinas. Las circulaciones atmosféricas y marinas suben y bajan con el sol. Es un hecho indudable. Las perturbaciones que resultan de estos cambios semi-anales producen las tempestades comunmente conocidas por *equinoccios*.

El sol obra como un foco calorífico movible, y su atraccion debe tambien ser concausa del fenómeno, porque la masa de aire sobre la cual ejerce su influencia es aquí muy considerable, es la atmósfera entera. Si el sol produce cambios anuales en las corrientes, lógico será prejulgar que la luna ha de producir tambien cambios mensuales en las grandes circulaciones atmosféricas. Nuestro satélite, por consiguiente, al pasar cada mes de un hemisferio á otro, determinará cambios en la circulacion de los aires aéreos y podrá hacer penetrar en una region, siguiendo sus posiciones combinadas con las del sol, los vientos lluviosos que pasaban ántes por su lado. Podrá, por ejemplo, lograr que retrocedan los vientos del Norte y se acerquen los del Sud. Tal es el mecanismo por el cual la luna no puede ejercer su accion sobre los cambios del tiempo.

Ningun astrónomo ni meteorologista, forzoso es repetirlo, ha planteado el problema en estos términos.

Nadie ha querido estudiar con un poco de cuidado de qué modo se distribuye la lluvia, segun la latitud, cuando nuestro satélite pasa del hemisferio boreal al austral, y al contrario. Hase preferido engolfarse en la discusion de observaciones con el propósito de matar por completo la influencia que nos ha ocupado; de suerte, que cuando alguno se ha propuesto buscar la influencia comparada de los plenilunios, de las lunas nuevas, de los apogeos, de los perigeos, etc., etc., no se ha echado de ver que los plenilunios de invierno y los plenilunios de verano aparecen cuando el astro ocupa posiciones diametralmente opuestas, y deben, por consiguiente, representar un papel inverso durante los seis meses primeros y los seis siguientes. Se han agrupado sin malicia todas las lunas llenas de veinte años, etc., etc., prescindiendo de sus influencias diversas en verano y en invierno. Así se ha procedido en todas las discusiones, asombrándose despues de no haber obtenido resultado alguno por el establecimiento de medios. La cuestion queda intacta para el estudio. Todo estriba en volver á empezar, y hasta nueva orden no puede legítimamente sostenerse que la opinion popular sea una preocupacion y un error.

La tradicion relativa á la influencia lunar es muy vaga. El tiempo cambia con la luna; esto es todo. Nada se dice acerca de si el plenilunio ó la luna llena producen la lluvia; se sospecha tan sólo que con un cambio de luna coincide un cambio de tiempo. Y, en efecto, si la hipótesis es verdadera, nada tiene de absoluto; unas veces es el plenilunio, otras veces la luna llena ó cualquiera posicion del astro la causa eficiente del buen ó mal tiempo.

La misma luna puede igualmente producir la lluvia ó la sequedad en dos regiones casi vecinas. Basta para ello que los dos puntos se encuentren en los límites de las corrientes húmedas ó secas. Remontándose el viento húmedo, el astro lo conducirá sobre París, por ejemplo, y descargará en Orleans, lo que demuestra una vez más la poca fuerza que tiene el perentorio argumento de los astrónomos: «La luna es la misma en París y en Orleans, y no obstante, puede llover en París al mismo tiempo que luzca esplendente el sol en Orleans.» Véase, pues, cómo bajo la influencia lunar, el mal tiempo determinado por el astro podrá pasar poco á poco de una latitud á otra, segun la progresion ascendente ó descendente de las cor-

rientes pluviales. Hé aquí por qué la lluvia sólo invade las regiones paulatinamente, y en consecuencia, con algunos días de intervalo, con arreglo á la accion lunar. Las estadísticas, despues de las observaciones sobre los últimos puntos invadidos, se apresurarán á registrar: «Cambio de luna, buen tiempo.» Y cuando se agruparan las observaciones, no faltará quien diga: «Cambio de luna sin influencia alguna.»

La disparidad será completa á unas veinte leguas de distancia, y cándidamente podrá sostenerse que nuestro satélite se halla por completo desprovisto de influencia. Es, pues, indiscutible que la cuestion es mucho más compleja de lo que hasta aquí se ha creído.

Nos falta espacio para insistir en ciertos detalles. No nos hemos propuesto, por otra parte, en este rápido bosquejo probar la influencia que la luna tiene: hemos simplemente pretendido demostrar la debilidad de los argumentos sin cesar opuestos á la tradicion popular, desde Bouvard y Arago.

Terminemos, pues, con esta conclusion tan extensa como prudente: Si no es todavía permitido pretender con los marinos y la gente del campo que la luna represente un papel en el mecanismo de los grandes movimientos de la atmósfera, no se puede afirmar tampoco con fundamento y de una manera absoluta, que nuestro satélite no ejerza accion alguna en los cambios del tiempo.

HENRI DE PARVILLE.

### CULTIVOS MERIDIONALES.

(Continuacion.)

Pero veamos ya en qué consisten esos admirables perfeccionamientos que se pueden considerar reunidos en el sistema llamado de Derosne, nombre del que lo inventó, y para ello penetremos, si quiera sea por breves instantes, en lo que es el fundamento científico de esta fabricacion.

Ante todo es preciso hacerse bien cargo de lo que es el azúcar. Esta sustancia, verdadera concentracion de un compuesto químico que contienen todos los frutos y plantas dulces, debe por ello considerarse como un producto siempre el mismo cuando se purifica bien, sea cualquiera su procedencia. Por eso es una preocupacion decir que el azúcar de caña endulza más que el de remolacha. La verdadera distincion consiste en que cristalice ó no. El producto que todos conocemos por su nombre de azúcar, es decir, esa sustancia blanca, brillante, de un olor muy suavemente aromático, dulce, y que se disuelve fácilmente en el agua, es el azúcar cristalizado. El otro azúcar que da su dulce al mosto de vino, por el cual, concentrándose se hace arropo, es el que se advierte en las pasas que se azucaran, en los ligos y otros muchos frutos, por cuya razon se le llama azúcar de fruta no cristalizable ó *glucosa*, y ofrece el aspecto de un polvo blancuzco peguntoso con un olor acedo, y se disuelve con mucha más dificultad. ¿Cómo es que tratándose de cuerpos compuestos de los mismos elementos y diferenciándose únicamente en las proporciones de uno de ellos, y esto de un modo insignificante, es, sin embargo, imposible hacer cristalizar el azúcar de fruta? Esto es lo que no se ha explicado aún, y para que el asunto sea más raro, así como no es posible convertir la glucosa en azúcar cristalizable, así, por el contrario, es facilísimo que éste se transforme y pase á ser azúcar de fruta; es más, tal es la tendencia habitual del azúcar, que sucesivamente propende á convertirse de cristalizable en glucosa, y de glucosa, por la fermentacion, en aguardiente. Y las diferentes sustancias de las cuales hoy se obtiene este último producto que son casi todos los vegetales, desde la harina de trigo hasta el aserrin de madera, se han de convertir primero en azúcar para ser despues alcohol ó aguardiente.

El azúcar sería hoy, pues, de escaso valor, si nos contentásemos con el de fruta, que, con efecto, fué utilizado en Francia durante las guerras del primer imperio. Pero es tan grande la diferencia, y tal la inferioridad de este último, respecto del cristalizable, en gusto, aspecto, solubilidad y cualidades digestivas, que apenas encuentra aplicacion en

los usos de la vida (1). Y precisamente, el azúcar que cristaliza no se contiene más que en determinado número de plantas y frutas, como son la caña dulce, la remolacha, el sorgo, el arce, la caña de maíz, el higo chumbo, la zanahoria, el melon, la calabaza y alguna otra.

Concretándonos á la caña, que es, con gran diferencia, la planta más rica en esta clase privilegiada de azúcar, su jugo contiene un 20 por 100 próximamente de tan preciosa sustancia, y como la parte leñosa entra por un 13 por 100 en su composicion, siendo lo restante agua en su mayor parte, resulta que el rendimiento de una arroba de caña podría llegar á ser 4 1/4 libras, ó lo que es lo mismo, 17 arrobas de cada 100 (2).

Esto es, con efecto, lo que se obtiene en los laboratorios con los procedimientos perfeccionados que la ciencia química permite; sobre todo operando en pequeño; verificándolo en grande, y lo que se llama en condiciones fabriles, no se debe esperar arriba de un 14 ó 15 por 100. Ahora, pues, en los ingenios á la antigua, sólo se saca de 5 á 6 por 100, y eso en azúcar de calidades inferiores; júzguese, pues, de la ventaja de doblar los rendimientos en cantidad, obteniendo calidades superiores con gran reduccion en los gastos, y se comprenderá todo lo que, por haber introducido en España los nuevos aparatos, debemos al Sr. Lasagra.

Con los antiguos defectuosos procedimientos, obteniendo el 5 ó 6 por 100 de azúcar, se decia que cada arroba de caña, pagada en la fábrica á catorce cuartos, precio habitual, dejaba un real para el labrador y otro para el fabricante; en lo que toca al labrador, segun lo que viene dicho en el precedente capítulo, no deja de ser aproximado el cálculo, pues suponiendo que se cortan 2.000 arrobas por fanega de tierra, pagándolas á catorce cuartos, son:

Rvn. . . . .	3.305
Y deduciendo sus gastos. . . . .	1.500
Quedan utilidades. . . . .	1.805

y en cuanto al fabricante, tomando la misma cantidad que representa la produccion de una fanega de tierra, ó sea 2.000 arrobas, y suponiendo un rendimiento de 6 por 100, tendríamos 120 arrobas de azúcar de varias clases, que valoradas á 30 reales, son 3.600 rs., y computando el principal gasto del modo siguiente, en la prevision de que la molinenda dure tres días:

Manutencion de tres bestias á 6 rs. diarios..	54
Ocho jornales de trabajadores á 8 rs..	192
Combustibles, ademas del bagazo, 50 cargas leña, á 6 rs.	300
Faenas de purga y seca, intereses, etc.	600
	1.146
Tendremos productos. . . . .	3.600
Gastos. . . . .	1.146
Utilidades. . . . .	2.454

Resulta, pues, que no deja de tener fundamento, por lo que hace tambien al fabricante, la indicada suposicion vulgar de un real de utilidad por arroba de caña.

Veamos ahora de qué modo se efectúa hoy la fabricacion y cómo se deben evaluar sus rendimientos; y para que más fácilmente se comprenda la razon de ser de cada operacion, describamos someramente los procedimientos, principiando por una

(1) Se necesitan 2 1/2 partes de glucosa para sustituir una de azúcar.

(2) Los análisis químicos más recientes y exactos dan por 100 partes de caña lo siguiente:

Agua. . . . .	72,01
Sustancia leñosa. . . . .	9,09
Materias solubles (azúcar y otras). . . . .	18,00
	100,00

Respecto al guarapo ó jugo de la caña ofrece por cada cien partes:

Azúcar. . . . .	20,90
Agua. . . . .	77,17
Salas minerales. . . . .	1,70
Productos orgánicos. . . . .	0,23
	100,00

Así, pues, el jugo de la caña, como se ha dicho con razon, viene á ser agua azucarada casi pura, en la que el azúcar entra por uno, y por cuatro el agua.

explicación razonada de los del sistema antiguo, como más sencillo y fácil de entender.

Ya queda dicho que desde el molino movido por el agua ó las caballerías el jugo ó guarapo pasa á un depósito, y de éste, á las calderas. En el depósito debe permanecer el menor tiempo posible para evitar la fermentación á que propende todo jugo sacarino, advirtiendo que, en ciertas circunstancias, una hora basta para que el líquido principie á fermentar, con lo que, desenvolviéndose principios ácidos, una parte del dulce pasará á convertirse en glucosa ó sea azúcar no susceptible de cristalizar. Y aquí conviene decir que, prescindiendo de las economías en los gastos, el oponerse á la tendencia ácida y á la transformación del azúcar cristizable en glucosa, debe ser la constante preocupación del fabricante, pues el resultado de esta transformación es el melazo ó miel de caña, cuyo valor, según es sabido, es por término medio una cuarta ó quinta parte del del azúcar.

Con tal objeto se lleva el jugo á la primera caldera, ó sea la destinada á la defecación, operación que consiste principalmente en mezclar aquél con una lechada de cal mientras se principia la coadura á un juego lento. La cal, que, como es sabido, tiene gran aptitud para aprovecharse de los ácidos y transformarlos en sales, convierte una gran parte de los que los jugos de la caña contienen y desenvuelven en sales insolubles; mientras coagulando el mucilago, le precipita, ya al fondo, arrastrando al propio tiempo otras impurezas, ya á la superficie por la formación de espumas que un hombre cuida constantemente de recoger y limpiar.

Desde la caldera de defecar el líquido pasa á otra, donde el fuego es algo más activo y donde se clarifica más, mediante cierta cantidad de sangre de toro, de cola ó de cualquiera otra clase de albúmina que obra, como es bien sabido, formando una tenue red que arrastra al través de la masa líquida todo género de partículas extrañas.

Separando en seguida el líquido, ya bastante espeso y concentrado, de los asientos resultantes de la dicha clarificación y sin cesar de espumear, se le vierte en otra tercer caldera, donde se sigue haciendo hervir hasta que alcanza la consistencia de un buen jarabe, cuyo punto se prueba ya al hilo, ya á la gota ó al gancho, según saben bien confiteros y boticarios; y vertiéndolo después en otro recipiente, se le deja enfriar, por cuyo medio el azúcar cuaja, es decir, se cristaliza, merced al enfriamiento, como sucede por regla general á todo cuerpo sólido susceptible de cristalizar y que se ha reducido al estado líquido por medio del fuego. Finalmente, la separación del azúcar cristalizado de la miel y su seca se efectúa en tres ó cuatro meses mediante su exposición en grandes barricas de fondo agujereado.

Tal es el sistema seguido desde muy antiguo, y que, según viene dicho, ha ido perfeccionándose, ya mejorando las condiciones de los molinos para que se perdiera menos jugo, ya añadiendo una ó dos calderas para clarificar mejor; y hoy que los adelantos de las ciencias físicas han permitido los grandes perfeccionamientos que trataremos de explicar, pueden precisarse los principales defectos de que adolecía dicho sistema y que vienen á ser los siguientes:

- 1.º Insuficiencia en la presión de los molinos.
- 2.º Constante tendencia á la fermentación y á la formación de melazos por el acrecentamiento y la lentitud de las operaciones.
- 3.º Contingencia de requemo en las mieles y gran gasto de combustible.
- 4.º Tiempo excesivo empleado en la purga ó separación del azúcar y en su seca.

Como síntesis de estos defectos, un escaso rendimiento respecto de grandes gastos y un producto de calidad tan inferior que sólo sufriendo después el refinado, puede tener aplicación al consumo de las clases desahogadas, y que en absoluto se ve hoy proscrito de los cafés, neverías y demás establecimientos públicos.

Expliquemos de qué modo se ha tratado de remediar cada una de las dichas faltas.

En el molino, los dos cilindros verticales de madera que antes se usaban se han reemplazado con tres horizontales de hierro de gran diámetro, los cuales, girando lentamente unos contra otros, hacen sufrir á la caña una doble presión, bajo la cual la mantienen el suficiente tiempo para que el jugo

desalojado de las fibras vegetales tenga lugar de escurrir y no vuelva á empapar el bagazo resultante. La gran fuerza que se les da completa el buen resultado que de ellos se obtiene, y que se traduce por un 60 á 62 por 100 de jugo, en vez de 40 ó 50 que antes se obtenía, quedando hoy reducida la pérdida, por el procedimiento de fabricación respecto de lo que los análisis demuestran existir, á un 10 ó 15 por 100.

Respecto al segundo inconveniente que hemos atribuido al antiguo sistema, ó sea la tendencia á la fermentación y á la formación de melazos, puede considerarse como el defecto capital, y su remedio como el gran triunfo obtenido en esta fabricación: fijémonos, por tanto, en él.

Ya he dicho en otro lugar cuán fácil es que la presencia de ciertas sales en los jugos comprometa el éxito de una operación, y tal fué la causa de haberse arruinado una Compañía azucarera que se trató de establecer en las costas de Nápoles. Los elementos químicos de que la fibra vegetal, ó sea el leñoso, está compuesto, dan constantemente lugar, por su contacto con el aire, al desenvolvimiento de los fermentos. Esta tendencia se corrige precipitando las operaciones y ayudándose con agentes químicos, como la cal, de propiedades contrarias, según también hemos visto; pero el menor contratiempo ó descuido da lugar á la formación de ácidos, y por ellos á la aparición de la glucosa; y cuando al final de los procedimientos el azucarero considera el jugo suficientemente concentrado, se encuentra con que no cuaja, y que todo lo que ha obtenido es miel de caña y no azúcar. Esto sucede cuando la caña que se muele no está suficientemente madura, y lo mismo ocurre cuando, sobreviniendo una helada, el centro de la caña se encuentra acedado por la putrefacción que es consiguiente. En este último caso, la formación de la glucosa se efectúa con tal rapidez, que, antes de cortar la caña, se revela ya por un marcado olor á miel. En la gran helada ocurrida hace diez y ocho años en nuestros alrededores, fué muy raro el molino antiguo que pudo cuajar azúcar; y para que se comprendan las ventajas del sistema moderno por un solo hecho, nos bastará añadir que, con el mismo jugo del cual no se pudo obtener azúcar alguna, á pesar de contar con un hábil maestro, en un molino ó trapiche recién establecido en nuestra vega, un extranjero, que apenas conocía la fabricación del azúcar de caña, práctico sólo en la de remolacha, obtuvo una regular proporción de azúcar en la nueva fábrica de D. Martín Heredia. ¿A qué arte puede atribuirse tan radical diferencia? Consiste en muchas cosas á la vez.

En primer lugar, hay la rapidez con que en los nuevos aparatos se efectúan las operaciones, y que es tal, que en rigor en un mismo día se puede cortar la caña y consumir el azúcar que de ella se ha sacado.

En segundo, la separación del contacto del aire, elemento indispensable, como todos saben, para el desarrollo de los fermentos.

En tercero, la coadura ó evaporación al vapor á una temperatura sumamente baja.

En cuarto, la decoloración con el negro animal.

En quinto, finalmente, la separación instantánea del azúcar y de la miel.

Indicados de este modo los objetos que se propusieron los hombres científicos que se dedicaron á perfeccionar la fabricación del azúcar, diré de qué modo los alcanzaron, llegando á los actuales aparatos, que llamaremos de Derosne, nombre del que más contribuyó á tan felices resultados. Pero adviértase que no siendo mi objeto, ni permitiendo las dimensiones de un artículo una descripción detallada, solamente habré de fijarme en lo más importante.

El principal agente de la fabricación en los aparatos de Derosne puede decirse que es el vapor: con él se mueve el molino; con él se hace el vacío, y por succión se hacen circular los jugos de unos recipientes en otros; con él se calientan las calderas y se evapora el guarapo; y con él, finalmente, se mueven las turbinas en vertiginoso remolino.

El jugo que corre desde los cilindros que muelen ó estrujan la caña va por una canaleja á un recipiente, desde el cual, constantemente, unos aparatos de succión, llamados montajugos, lo elevan á una caldera, colocada en la parte más alta del edificio, para ser defecado.

Esta operación, que es la única que se hace al aire libre, se efectúa mediante un doble fondo que hay en la caldera, y en cuyo intervalo penetra el vapor á una temperatura de sólo 60°. En seguida el líquido pasa á unos filtros, donde sufre una primera decoloración por la influencia del negro animal ó carbon de huesos, sustancia que tiene la propiedad de destruir toda clase de color vegetal. Defecado y clarificado el jugo, se trata de concentrarlo, es decir, de extraerle por evaporación la mayor parte del agua que contiene, y aquí entra lo más importante del procedimiento, por lo cual se nos permitirán algunas explicaciones á favor de los que carecen de conocimientos detallados en Física.

La evaporación del agua, ó sea su paso del estado líquido al gaseoso, se verifica mediante la ebullición ó hervimiento. Agua que hierve es agua que se evapora, ó que de líquida se convierte en gaseosa; y por una propiedad singular, mientras hay en una vasija agua hirviendo, la temperatura se mantiene en 100 grados del termómetro centígrado, ó su equivalente 80 de Reaumur, cualquiera que sea la actividad del fuego que se use, sosteniéndose igual desde el instante de romper el primer hervor hasta el agotamiento del líquido. Pero esto es al aire libre, ó sea contando con el peso de la atmósfera, peso que, oprimiendo el vapor, le coarta, le impide subir y tiende á volverle á hacer líquido. Tenemos que considerar dos fuerzas que se contrarian en este acto, á saber: el fuego, que propende á dilatar, y el peso atmosférico, que propende á concentrar; y sólo por un exceso de fuerza en el primero, las burbujas del vapor van desprendiéndose sucesivamente de la masa líquida. Esto sabido, no es difícil comprender que se pueda llegar á obtener el mismo hervimiento ó evaporación quitando peso de la atmósfera encima, enrareciendo el aire, que añadiendo fuego debajo, y hé aquí lo que precisamente se ha conseguido combinando el evaporar dentro de un recipiente perfectamente cerrado y en el interior del cual se ha hecho un vacío más ó menos perfecto. Y no deja de ser admirable ver que se toca á mano llena, sin quemarse, el cobre de una caldera en cuyo interior hierve ruidosamente una gran masa de líquido, pudiéndose divisar también los borbollones por medio de registros vidriados.

Tal es el fundamento del aparato llamado á doble ó triple efecto de Derosne; y se llama á doble ó triple efecto, según las utilidades que á un mismo vapor se dan en él. En principio, y para ahorrar detalles confusos, diré que se compone de dos recipientes ó cavidades, que son: una caldera y un condensador- evaporador. Llegado el jugo á la caldera, que es de doble fondo, para ser calentada al vapor, y dentro de la cual la acción de unas bombas hace sin cesar el vacío, la evaporación empieza, el líquido hierve, y el vapor que resulta va á parar á una especie de serpentín que tiene el otro recipiente, ó sea el condensador, llamado por esto así, y allí, por una disposición especial, se encuentra en aptitud el mismo vapor de calentar con su propia temperatura los jugos que por él van á la caldera; de suerte que, considerando ahora la operación á la inversa, tenemos que el jugo corre por una serie de circunvoluciones de tubo al través del condensador, aprovechando el calor que el vapor resultante del hervimiento de su masa precedente, abandona al concentrarse y volver á ser agua; es de advertir que el vacío reina, no sólo dentro de la caldera, sino también asimismo dentro del condensador, y que para hacerlo contribuye y ayuda al efecto de las bombas la concentración del vapor, pues habiendo expelido el aire para ocupar su puesto, y no teniendo por donde volver á entrar el mismo aire cuando el dicho vapor, cesando de ser gas vuelve á ser líquido, ocupa un espacio infinitamente menor y deja un gran vacío.

Quede á la consideración de cada cual la gran economía que debe resultar con este modo de evaporación. Si siempre es económica la calefacción al vapor, en atención á que su empleo permite regular la temperatura gastando solamente á razón de 100 grados, por ejemplo, que es lo que para evaporar se necesita, en vez de lo incomensurable que en una llama se pierde, ¿qué no será cuando baste con 50, 60 ó 70 grados? Anádase la ventaja de no temer el requemo, y se comprenderá hasta qué punto debe ser beneficioso el nuevo sistema.

En este aparato, pues, los jugos se concentran hasta 25 grados del areómetro de Baumé, pasando después á nuevos filtros que, con más carbon animal, decoloran aún el que ya llamaremos jarabe, y lo purifican antes de volver á sufrir mayor condensación, para ser después enfriado y que la cristalización se efectúe.

Cristalizado el azúcar, se vierte en formas cónicas de hierro que, colocadas con la punta hacia abajo en un enverjado de madera, dejan correr la parte más líquida por agujeros que ofrecen las dichas extremidades de las formas. Naturalmente, el azúcar mejor granado queda en estos recipientes, viniendo á constituir las mejores calidades, y una conveniente temperatura, ayudando á la buena disposición de los moldes, lo hace secar bien pronto. En cuanto á la parte peor cuajada, es arastrada con los melazos y corre á un gran depósito, donde separando lo más líquido, que es miel, se lleva todo lo que es azúcar, aunque inferior, á las turbinas, aparatos que constituyen otro de los más curiosos é importantes perfeccionamientos de que la fabricación de azúcar es deudora á los tiempos actuales, por lo cual nos detendremos un tanto en su explicación.

Ya viene dicho que antiguamente, y hasta hace muy poco tiempo, la separación del azúcar y su seca se efectuaba en grandes barricas á fuerza de días, pues era preciso que la miel por sí sola fuera desprendiéndose al través del fondo de las barricas, merced á los agujeros que en ellas se practicaban. Esto requería tres, cuatro ó cinco meses, y tratándose de una fabricación en grande y de un producto de tal valor, fácil es calcular el sacrificio que representaba el interés correspondiente á un gran capital improductivo por tan dilatado período.

Tan considerable era este sacrificio y tan grande el beneficio que las turbinas han hecho, permitiendo realizar en un día, y aún tratándose de pequeñas cantidades en una hora, el resultado que antes costaba cuatro ó cinco meses obtener, que sabemos de una gran empresa azucarera que bien puede decirse fué salvada de una total ruina merced á este afortunado invento, pues contando con una gran cosecha en elaboración, y teniendo que hacer frente á grandes compromisos, se vió en el conflicto de no encontrar quién le prestara sino á tales condiciones, que el aceptarlas equivalía á inutilizarse para siempre.

En tan supremo instante se anunciaron los nuevos aparatos, y con la compra de dos de ellos se pudo principiar á vender azúcar en el acto y realizar los suficientes recursos para salvar la situación.

La invención de las turbinas salió del estudio de lo que en Física se llama la fuerza centrífuga, que puede observarse en todo cuerpo al cual se imprime un rápido movimiento rotatorio, y basta describirlas para comprender su acción. Consisten en un ancho cilindro de hierro hueco, que sirve de recipiente para que en su interior pueda girar horizontalmente un tambor de tela metálica, cuyo borde inferior asienta sobre una redondela que, merced á un pivote central inferior terminado en punta, gira con facilidad suma: aplicado un ingenioso movimiento arriba ó abajo, basta una pequeña fuerza para hacer dar al tambor de tela metálica hasta 1.200 vueltas por minuto. Ahora, pues, como el asunto se reduce á separar la mezcla de miel líquida y azúcar sólida, echándola dentro del tambor y poniendo éste en movimiento, la sacudida que experimenta la sustancia hace que la parte líquida sea lanzada violentamente contra las paredes del cilindro exterior, corriendo poco á poco á un receptáculo inferior; en cuanto á la parte sólida, ó sea el grano de azúcar, queda aprisionado y retenido por la tela metálica. La prontitud de acción del aparato es tal, que basta un cuarto de hora para ver una arroba de la dicha mezcla que entra, ofreciendo el aspecto de un barro ó gachuela oscura y repugnante, salir trasformada en una costra de azúcar blanca ó ligeramente sonrosada de dos dedos de espesor, que, adherida á las paredes del tambor, basta el menor choque para que se desprenda y separe.

Tal viene á ser en esencia el nuevo método de fabricación del azúcar, método y fabricación tan dependientes de las ciencias físicas, que apenas se obtiene un adelanto en ellas, como afortunadamente sucede todos los días, cuando á seguida se

traduce en un perfeccionamiento en las operaciones; así el estudio de la osmósis sugiere á Dubrunfaut su dialisis, que físicamente va separando con la mayor facilidad el azúcar cristalizable de la glucosa, haciendo pasar el líquido al través de unas hojas de pergamino natural ó artificial. Rousseau perfecciona químicamente la defecación; nuestro ilustre compatriota Reinoso propone se separen por congelación ambos dulces: el mismo ha inventado recientemente un aparato para extraer de la caña mayor cantidad de jugo sacarino que la que dan los molinos hoy en uso: otro inventa las chupadoras (*suzettes*), que instantáneamente limpian y purifican la extremidad cónica de las formas, cosa que antes ofrecía cierta dificultad para obtener un pilón todo blanco y homogéneo. Por otra parte, el estudio de la polarización de la luz suministra nuevos y más delicados medios de apreciar la cantidad de azúcar cristalizable que puede dar un líquido dulce. En fin, bien puede asegurarse que cada una de las múltiples operaciones que esta fabricación requiere es objeto de peculiares y profundos estudios, cuyo constante éxito anima á innovar más y más cada día. Por ello es indispensable que el fabricante sea ilustrado y esté constantemente informado de cuanto en la materia se adelanta, porque en industrias de este género el que se retrasa se perjudica.

Pero por lo mismo que es tan científica la fabricación del azúcar, requiere muy grandes elementos y recursos pecuniarios para desenvolverse de un modo conveniente. En ésta, como en otras industrias modernas, no caben términos medios: ó atenerse á los procedimientos antiguos y hacer moscabados, perdiendo una tercera parte de dulce y rebajando otra tercera por transformación de azúcar cristalizable en glucosa, ó entrar de lleno en el método moderno, lo cual significa gastar de 80 á 100.000 duros para la más reducida fábrica. Sin duda es un mal grave para una industria agrícola que requiera tan considerable capital su establecimiento. Pero no tiene remedio hasta de presente. La tentativa hecha últimamente por Mr. Fryer para obtener, concentrando instantáneamente los jugos, según se producen, una pasta grosera é impura que después se purificará ó refinará, no parece dar resultado, por más que aún duran los ensayos del *concretador de Fryer* en las colonias francesas.

(Continuará.)

MANUEL CASADO.



NOVELA.

PASARSE DE LISTO.

XVII.

A pesar de su culto á doña Beatriz, el Condesito seguía yendo á teatros, paseos y reuniones aristocráticas. En dichos puntos siempre encontraba á Elisa.

Esta volvió á emplear para cautivarle cuantos medios había antes empleado: pero el Condesito, firme y frío como una roca, no se mostraba sensible ni aún se daba por entendido.

Elisa no perdió por eso la esperanza: esforzó sus artes y llegó más allá del término hasta donde en toda su vida había llevado la *flirtation*. Tampoco así consiguió que el Conde diera la menor señal de que se inclinaba á rendirse.

Elisa se esmeró entonces en su vestido y peinado; lució nuevas y ricas galas; aguzó el ingenio para que en las tertulias tuviese mayor hechizo su conversación; atrajo en torno suyo á cuantos hombres valían más por cualquier estilo; se rodeó de más brillante y numerosa corte que nunca, y ni aún así pudo vencer la indiferencia del Conde.

Dióle las muestras más patentes y lisonjeras de su predilección: dejó mil veces plantado á todo un círculo de admiradores, y rompiéndole, en los bailes, fué á asirse del brazo del desdichado. Para él fueron las más dulces miradas, las más afectuosas

sonrisas; todos aquellos signos, en suma, que suelen augurar favor y revelar amor, sin traspasar los límites de la modestia y del decoro.

El Conde no respondía con desvío. Esto hubiera sido menos cruel. El Conde respondía con gratitud, con cortesanía extremada y con tan glacial acatamiento, que ponía fuera de sí á la pobre Marquesa.

Imaginó, por último, Elisa que le iba sucediendo con el Conde lo que al pastorcillo embustero de la fábula que gritaba: «¡Al lobo! ¡Al lobo!» cuando el lobo no venía; y que una vez que el lobo vino, no le valió gritar «¡Al lobo!» porque los que podían socorrerle no dieron crédito á sus gritos. Elisa calculó que el Conde no acudía al reclamo, temeroso de nueva burla. Era, pues, indispensable darle pruebas de completa sinceridad.

Mucho se violentó antes de resolverse. Su orgullo se resistía. Sus costumbres, tan contrarias á la humilde franqueza, ponían dique á su deseo. Elisa sabía prometer, alentar, dar esperanzas de un modo tan aéreo y confuso, que se pudiese negar hasta á ella misma que había prometido y alentado. Su amor, ó más bien el fantasma, la apariencia de amor que ella creaba y alimentaba en su alma, era tan sutil y vaporoso, que se deslizaba hasta el seno de los más empedernidos, despertando á veces tempestades, y no dejaba huella ni rastro de su paso. Se desvanecía como sombra; era ilusorio, vano como silfo, y tenía la fuerza de un gigante para destrozar corazones.

Pero este fantasma de amor no le valía ya con el Conde. Verdadero amor, aunque nacido de envidia y celos, no le valía tampoco. El Conde, escarmentado ya del amor falso, tomaba por falso el verdadero. Era indispensable que el amor mostrase su verdad y su realidad, sin que ofreciese la más pequeña duda. Elisa ansiaba robar á doña Beatriz el corazón del Conde, costase lo que costase.

En esta disposición de ánimo, Elisa estaba determinada á todo lo que pudiese asegurarle la victoria. Pero, en medio de sus más violentas pasiones, la prudencia no la abandonaba. Calculaba con serenidad, como si estuviese en calma.

Calculó, pues, en esta ocasión, que rendirse sin condiciones no era triunfo, sino derrota: que podría suceder que el Conde, verdadero triunfador, volviese á doña Beatriz, ocultándole una infidelidad efímera ó pidiéndole perdón de su culpa. Sólo con pensarlo temblaba Elisa de despecho.

Su primera idea de que el Conde fuese, si dejaba á doña Beatriz, ó su marido ó su amante, se limitó á uno solo de los dos términos del dilema. La Marquesa, tan libre hasta allí, decidió sujetarse al dominio de aquel hombre. Era rica; á pesar de sus vanos coqueteos, su reputación se había conservado sin mancha; era de una familia no menos ilustre que el Conde; era para el Conde un excelente partido; ¿por qué no habían de casarse los dos? Era el único medio seguro que tenía Elisa de triunfar de doña Beatriz.

En mujer tan orgullosa como Elisa no cabía una insinuación directa con el Conde: no cabía que ella se le declarase. Decidióse, pues, á dar un paso, que no comprometía su buena fama, que la dejaba ileso, aunque pudiese mortificar su vanidad.

Llamó á su casa á un anciano tío suyo que le inspiraba la mayor confianza: hizo con él confesión general de sus coqueteos con el Conde de Alhedín; reconoció que con el amor no hay burlas; declaró que, burlando ella con el amor, era ya la burlada, la cautiva y la enamorada; y suplicó al prudente tío que viese á la madre del Condesito, y que, como cosa suya, si bien dando á entender que le constaba que la Marquesa estaba propicia, propusiese á dicha señora tan brillante matrimonio para su hijo.

El tío cumplió con discreción y habilidad el delicado encargo. La Condesa viuda de Alhedín halló que su hijo no podía soñar con mejor boda, y se puso enteramente de parte de la Marquesa, cuya decidida voluntad en favor del Conde la lisonjaba en extremo.

No hay que decir que esta negociación se llevó con el mayor sigilo.

La Condesa de Alhedín tuvo con su hijo una larga conversación: le habló de la boda propuesta como de una gran dicha para su casa; como de un

fausto suceso que merecería toda su aprobacion, y trató de apartarle de los enredos galantes que le suponía, pintándole las delicias del hogar doméstico y repitiendo lo que otras veces había manifestado, de que ya era tiempo de que tuviese una familia, adquiriese otra gravedad y respetabilidad y emplease su vida y las altas prendas que Dios le había dado en asuntos serios, que redundasen en pro y mayor lustre de su nombre y en bien de su patria.

El Condesito volvió á negar á su madre que él tuviese relaciones con doña Beatriz, y le confesó que había estado prendadísimo de la Marquesa; pero añadió que su coquetería sin entrañas le había curado de aquel principio de amor, y que tan radicalmente le había curado, que le era ya imposible amar á la Marquesa, y por consiguiente casarse con ella, si bien reconocía que era merecedora de llevar el nombre de él y de ser su compañera de toda la vida.

En resolucion, aunque de un modo indirecto, y con el más profundo sigilo, y suavizando el golpe los dos medios por quien pasó, á saber: primero, la Condesa, al hablar con el tío, y el tío luego al hablar con la sobrina; ésta, como dura leccion y como castigo de sus *flirtationes*, recibió lo que vulgarmente llamamos unas terribles calabazas.

La soberbia de Elisa, ofendida y humillada en lo más vivo, pedía venganza desde el fondo de su corazon.

Jamas Elisa había previsto, ni en sus sueños más negros y desesperados, que un hombre se había de resistir á sus atractivos poderosos y á la magia de sus coqueteos; que este hombre la había de enamorar cuando era ella la que solía enamorar á todos los hombres, y que al fin la había de impulsar hasta el punto de tomar la iniciativa y de mendigar su mano y de recibir de él una repulsa insolente y desapiadada.

La causa de todos estos males era doña Beatriz. Por culpa de doña Beatriz creía Elisa que se había enamorado del Conde; por culpa de doña Beatriz creía que el Conde la desdeñaba.

La cólera se apoderó de su alma; la cólera arrojó de allí todo sentimiento generoso, todo escrúpulo, toda consideracion que se opusiera á la venganza.

Con tal de vengarse no le arredraba ya ni el delito; no le sonrojaba meditar en los medios más viles y llegar á valerse de ellos.

### XVIII.

Dos dias despues del cruel desengaño de Elisa, D. Braulio Gonzalez, al ir á sentarse en la mesa de su despacho en el Ministerio, vió sobre el pupitre una carta que le iba dirigida. La abrió y leyó lo que sigue:

« Señor D. Braulio: La fama va esparciendo por todas partes que es V. listísimo. Yo le he tomado á V. aficion y no quiero creerlo. En la situacion de V., llamarle listo es hacerle la mayor injuria. Verdaderamente V. no puede ser listo dentro de lo justo. O V. no es listo, ó V. se pasa de listo. Prefiero creer y decir que es V. tonto. ¡Sería tan infame saber y disimular! No: usted ignora lo que en Madrid sabe todo bicho viviente. Usted no disimula. No se disimula con tanta habilidad. Discreto es el Conde de Alhedín, discreta es doña Beatriz, y sin embargo, no han disimulado.»

Así terminaba la infame carta. Ni una palabra más. No tenía firma. La letra parecía contrahecha.

Don Braulio leyó la carta una, dos, hasta tres veces, como quien no se entera bien, como quien no da crédito al testimonio de sus sentidos: como quien duda aún de si es realidad ó si es una pesadilla ó un delirio lo que percibe.

Sin alterarse luego, hizo con pausa mil añicos de la carta, incluso del sobre; despues estuvo á punto de echar los añicos en el cesto que tenía al lado para los papeles rotos: y al cabo, como reflexionándolo mejor, y como temiendo que la carta destrozada pudiera juntarse y recomponerse, se alzó D. Braulio de su asiento, se dirigió á la chimenea que ardía en un lado de la sala, y arrojó con cuidado en la llama todos aquellos pedacitos de papel.

Volvió entonces á su mesa para empezar sus

trabajos del día; pero, no bien dió tres ó cuatro pasos, no acertó á tenerse en pié, y cayó desplomado sobre la estera que cubria el suelo de la estancia.

Los compañeros y escribientes que allí le acompañaban corrieron á levantarlo:

— ¿Qué es esto, Sr. D. Braulio? dijo uno.

— ¡Amigo Gonzalez! exclamó otro.

Don Braulio no respondió.

— Es un ataque de apoplejía.

— ¡Qué demonio de accidente!

— ¿Qué apoplejía? dijo otro. Buena facha de apoplético tiene este señor, más seco que un bacalao.

— Más bien será un desmayo de debilidad, exclamó un cuarto interlocutor, que despuntaba por lo gracioso. Su mujer lo gastará todo en moños, y comerán poco en su casa.

En fin, aunque no eran muy caritativos los compañeros, atendieron á D. Braulio, quien no tardó en volver en sí.

Su primer cuidado fué suplicar á los allí presentes que no dijeran nada de lo ocurrido, á fin de que en su casa al saberlo no se asustasen.

Todos le prometieron callar.

Don Braulio aseguró entonces que se hallaba enteramente repuesto, y volvió á su asiento y se puso á trabajar como si nada hubiera pasado.

No salió aquel dia de la oficina ni medio minuto ántes de la hora de costumbre.

Cuando volvió á su casa, nadie hubiera notado en su rostro la menor huella de dolor.

Dijo tranquilamente á su mujer que Paco Ramirez le llamaba al lugar; que tenía que arreglar allí un negocio importante, y que aquella misma noche iba á tomar el tren de Andalucía.

Alguna extrañeza causó á doña Beatriz el repentino viaje de D. Braulio; pero éste afirmó con serenidad que no era negocio que debiese inspirar cuidado, y así desvaneció todo recelo, tanto de la mente de su mujer, cuanto de la mente de Inesita, la cual se mostró tambien algo maravillada al principio.

Don Braulio mismo preparó su maleta auxiliar por su mujer.

Durante la comida apareció alegre y hasta más hablador que de costumbre.

En un momento en que doña Beatriz dejó solo á D. Braulio con Inesita, D. Braulio dijo á ésta que cuando él volviese del lugar le traería á Paco á vistas, y que esperaba que se habían de gustar y se habían de casar á escape.

Paco no había venido aún, por más que lo deseaba, porque quería dejar arregladas todas sus cosas y allegar muchos fondos para comprar dijes y primores que regalar á su futura.

En una palabra, D. Braulio lo hizo tan perfectamente que no despertó en el ánimo de doña Beatriz ni de su linda hermanita la menor sospecha de que su inesperada y súbita determinacion pudiese tener por causa un pesar acerbo, ni por móvil y propósito nada de siniestro ni de trágico.

Ambas hermanas pugnaron por acompañar á D. Braulio á la Estacion; pero D. Braulio se opuso, sosteniendo que era una incomodidad inútil la que querían tomarse. Así, aunque á duras penas, las persuadió á que se quedáran y no fueran á despedirle.

Cuando llegó la hora de la partida, D. Braulio hizo venir un cochecillo por medio del portero, quien bajó la maleta y la colocó en él.

Doña Beatriz abrazó y besó cariñosamente á su marido, y él correspondió con no menor cariño.

— Cuidate mucho, Braulio, y vuelve cuanto ántes, dijo doña Beatriz.

— Adios, querida mía. Pronto estaré de vuelta, contestó D. Braulio.

En seguida bajó la escalera, viéndole bajar ambas hermanas, que hasta la puerta, al ménos, le habían acompañado.

A poco se oyó rodar el coche en que D. Braulio iba.

Beatriz é Inés volvieron á entrar en la habitacion, y se sentaron junto al brasero, una enfrente de otra.

— ¿Qué precipitacion de viaje? dijo doña Beatriz sencillamente.

— ¿Estará enfermo Paco? exclamó Inesita. Tal vez llame porque está enfermo, y Braulio no nos lo haya querido decir.

— No lo creas, Inés; contestó doña Beatriz. Braulio no sabe ocultarme nada. Va para negocios del caudal, que ni tú ni yo entendemos. Yo tengo tal confianza en Braulio que no he querido cansarle en que me explique de qué naturaleza son esos negocios que tamaña prisa requieren. Bástame con que me haya dado completa seguridad de que no ocurre nada afflictivo. ¿Cómo ademas había él de ir tan alegre y tranquilo como va, si hubiese que lamentar una desgracia?

De este modo siguieron hablando ambas hermanas hasta que sonaron las diez, hora en que solian acudir á la tertulia de los de San Teódulo.

Beatriz dijo que como tenía, á pesar de todo, cierta pena por la partida de su marido, no quería ir á la tertulia aquella noche; pero Inesita la animó, sostuvo que no había razon para no hacer lo que todas las otras noches, y al cabo logró de su hermana que fuesen como de ordinario.

La anciana ama del cura era quien las acompañaba cuando iban solas y á pié á la tertulia sin que D. Braulio las acompañase. Aquella noche el ama las acompañó tambien. Cuando llegaron á la tertulia, ya estaba en ella el Conde de Alhedín, quien de dia en dia iba descuidando más sus otras tertulias y diversiones, y acudiendo más temprano y sin faltar una sola noche en casa de Rosita.

J. VALERA.

### EL PAPER HUNT.

La lectura de un artículo publicado en EL CAMPO, en que se hace una descripcion del *drag*, nos trae á la memoria otro remedo de caza á la carrera, que tiene mucha analogía con la que se describe en dicho artículo, y en la que tantas veces hemos tomado parte en tiempos ya lejanos, que casi, casi podriamos llamar de nuestra juventud.

Tratarémos de recordar aquellos tiempos que desgraciadamente no han de volver y rejuvenecernos de algunos años, describiendo el *Paper hunt* como se practica en China, no por los hijos del Celeste Imperio, que miran esta higiénica diversion como una importacion bárbara, y creen que los que en ella toman parte son por lo ménos locos, sino por los ingleses, que tienen el dón de llevar á todas partes del mundo un pedazo de Inglaterra con sus usos y costumbres. Los hijos de otras naciones tratan más ó ménos de asimilarse al país en que viven y de adoptar, siquiera sea en parte, sus hábitos. El inglés nunca. Donde hay cinco ingleses se come el *roast beef*, se hace el *plum pudding* en *Christmas*, y no falta nunca el *Ale* y el *Stout* para el *lunch*, ni el Jerez y el Oporto para la fruta. En cuanto á distracciones, lo primero que se organiza es el club; un inglés sin club es un cuerpo sin alma; vienen luego las carreras de caballos, las regatas, el cricket, el racket y otros ejercicios corporales, que tan saludables son, y algunos de los cuales vemos con gusto se van aclimatando en España.

El *Paper hunt* es sin duda alguna uno de los más divertidos para los amantes del *Sport*, y de los que ofrece peripecias más variadas. Es la caza del zorro á caballo; pero sin perros, y lo que es más, sin zorro. Dirán los lectores de EL CAMPO que para hacer un *civet* de liebre lo primero que se necesita es una liebre. Pues ahí verá V. En Shang-hai, donde hemos asistido á la caza que trataré de narrar, no hay zorras; pero hay muchos ingleses, y por consiguiente, mucha aficion al *Sport*. El terreno, en toda la llanura que baña el Yang-tze-kiang, es sumamente adaptado para el *hunt*, y los innumerables canales que la surcan en todas direcciones ofrecen los obstáculos naturales que constituyen el principal aliciente de este ejercicio, que no nos atreverémos á llamar caza.

El *pony* chino está léjos de tener buena estampa; pero en cambio es fuerte, ligero; salta bien, y resiste fácilmente un *run* de ocho ó nueve millas inglesas. Este es el caballo adoptado por el reglamento del *Paper hunt club*.

Todos los sábados, durante el invierno, se reúne el *meeting* en un punto designado de antemano, próximo á aquel en que debe principiar el *run*. Los zorros, en número de dos... pero esto necesita explicacion. — Por zorro se entiende un jinete que lleva como distintivo una capellina ó capucha de

lana roja y un saco de lienzo en bandolera, donde se encuentra una provision de papel cortado menu-do, que va dejando caer por el camino que recorre para marcar la pista. El oficio de zorro requiere ser un buen jinete, montar un buen caballo y usar de las astucias que distinguen al animal que representa. Los zorros, pues, salen del sitio designado para el *meeting* una hora antes de la señalada para la reunion, y principian á marcar el *run* á corta distancia del lugar en que ésta tiene efecto. La habilidad consiste en buscar los sitios que ofrezcan mayores obstáculos y en interrumpir la pista con claros y revueltas, que la hagan perder á los cazadores. Concluida de marcar la pista, los zorros eligen un sitio en que ocultarse y aguardan el *hunt*.

Reunidos los jinetes, que nunca bajan de treinta, y á veces llegan á cuarenta ó cincuenta, á los que no desdeña unirse alguna *Lady*, resena el *tali-ho* á la hora marcada y se entra en caza. La confusion que reina en un principio es la más pintoresca. Cada cual trata de descubrir la pista y ser el primero á tomar la cabeza. La pista, descubierta, se da la voz, y todos siguen.

Los accidentes del *hunt* son harto conocidos por la mayoría de los lectores de EL CAMPO para que pueda ofrecerles interes su narracion. Los de esta especialidad son, poco más ó menos, los de todas las cacerías á caballo, y si la pista ha sido escogida por persona inteligente, nunca falta quien se encuentre, sin saber cómo, tomando un baño en un canal mientras su caballo le mira desde la orilla que no ha querido franquear, y otras pequeñeces por el estilo, á que tan acostumbrados están los aficionados. Estos son accidentes inevitables de que sólo está libre la infantería.

Llegados al punto en que se encuentran los zorros, éstos, que están ya montados, y cuyos caballos han tenido tiempo de descansar, salen á escape para librarse de los cazadores, y los que van á la cabeza los persiguen, hasta que el más afortunado toca con la mano al de la capucha roja, ganando el premio.

Este es en resumen el *Paper hunt*. No faltará quien le encuentre *pocos lances*; pero esto será debido en gran parte al poco interes que habremos sabido dar á su descripcion. No ofrece, ciertamente, las emociones de la verdadera caza; pero en aquel país era un gran recurso para los aficionados al *Sport*; y sea porque, como hemos dicho, el recuerdo remonta á tiempos pasados en que la afición á esta clase de ejercicios nos dominaba, sea porque en la actualidad la escena ha cambiado por completo y carecemos en absoluto de estos goces, es lo cierto que recordamos con gusto una diversion que tal vez no faltará quien califique de infantil; pero que nos ayudaba á pasar el tiempo en un país falto de recursos, donde los que no quieren morir de melancolía tienen que crearlos.

A. R.

## EL FOIE GRAS.

Nada hay que mejor demuestre hasta qué punto ha refinado el hombre los placeres de la gula, que el manjar conocido con el título que sirve de epigrafe á este artículo. No nos hemos contentado con sacrificar gran número de animales á las necesidades ó á los caprichos de nuestro estómago; hemos querido tambien enmendar la plana á la naturaleza, procurando en el cuerpo de aquéllos el desarrollo de los órganos que más agradan á nuestro paladar.

De todas las herejías, llamemos las cosas por su verdadero nombre, de todas las herejías practicadas con los animales para satisfacer las exigencias de la mesa, no hay ninguna mayor que la que se ejecuta por los criadores de hígados grasos en las ciudades donde esta industria se halla desarrollada. Y hay que advertir que hoy se han mejorado mucho los procedimientos con relacion á los que en otras épocas se han adoptado para el cebamiento de toda clase de animales; al menos, se ha suprimido la primera y más bárbara disposicion que antiguamente se adoptaba, que consistia en sacar los ojos al animal que se pretendia cebar.

Así y todo, es imposible borrar cuanto de cruel tenga la operacion, porque válganse de los medios que se valgan los industriales, siempre tendrán que producir en el pato, que es el ave escogida para tales fines, una enfermedad grave para obtener el crecimiento del hígado, haciéndole rico en grasas.

La Medicina considera hace mucho tiempo como una enfermedad la acumulacion de grasa en el parénquima hepático, cuando ésta llega á un grado superlativo; enfermedad llamada *hígado adiposo*, *degeneracion adiposa del hígado*; *Hepar adiposum*, etc., etc.

No siempre que el hígado abunda en grasa puede decir-

se que está enfermo; hay un límite entre esto y el hígado adiposo; pero este límite no está bien fijado todavía, porque por espacio de muchos años se ha considerado una misma cosa la degeneracion adiposa y la riqueza en grasa.

Hoy, sin embargo, es evidente que puede producirse el hígado graso hasta un punto determinado sin comprometer la salud del individuo; pero claro está que lo que la ciencia médica no conoce todavía con precisa exactitud, no ha de ser mejor conocido por las no muy ilustradas personas que en Strasburgo, Chartres ó Amiens se ocupan en martirizar patos para recreo de los paladares de todos los gastrónomos de la tierra.

El hígado de los invertebrados tiene naturalmente gran cantidad de grasa, como lo ha demostrado Leseboullet en su *Memoire sur la structure intime du foie, et sur la nature de l'alteration connue sous le nom de foie gras*, y entre los vertebrados hay pescados, como los plagiotomos, que durante el otoño contienen en las células hepáticas tal cantidad de grasa, que el órgano parece más bien un depósito de esta materia que una glándula destinada á la secrecion de la bilis.

Una alimentacion rica en grasas produce generalmente el estado adiposo en el hígado, y en los experimentos hechos con perros nutridos con manteca se ha visto que en muy pocos dias dicho órgano habia adquirido la grasa en proporciones grandisimas.

No hace falta, sin embargo, que se alimente de sustancias grasientas el animal para obtener este resultado; una alimentacion cualquiera, pero abundante, excesiva, rica en hidrocarburos, aunque desprovista de grasa, es suficiente, si bien en este caso no comienza el desarrollo del hígado hasta que otros órganos están sobrecargados de grasa.

Se ha observado, cuando se ceban los patos con maíz, que al principio el peso del hígado disminuye con relacion al del cuerpo, por cargarse de grasa el tejido celular; más adelante, el hígado comienza á adquirir un desarrollo desproporcionado y empieza á infiltrarse de materia adiposa á la vez que la secrecion biliar se acorta y el suero se enturbia. La grasa, pues, en este caso, no va directamente al hígado, sino que principia á acumularse en este órgano desde el punto en que un régimen perturbador ha modificado la nutricion y hasta la composicion de la sangre.

Si el engrasamiento no es excesivo, con la supresion de los alimentos que lo han producido y del régimen á que el animal se habia sometido, cesa por completo y desaparece en absoluto, sin que se haya alterado en nada la salud del individuo.

Un autor frances refiere á este propósito, que una vez quiso examinar con el microscopio los efectos de la trasformacion patológica de los órganos glandulosos. Hizo traer á Paris algunas ocas de Strasburgo perfectamente engrasadas, las dió muerte y las dejó enfriar, segun el método que siguen los criadores de dichas aves; cuando quiso comenzar el exámen del hígado, halló que en vez de pesar 600 gramos lo menos, como se prometia, sólo llegaba á dos hectógramos escasos.

La oca, privada de la alimentacion durante el camino, atormentada por el viaje en ferrocarril, «habia vivido de su propio hígado», segun la frase del aludido escritor, como ciertos animales viven de su grasa durante el invierno.

Pero en los patos destinados á producir el *foie gras* se busca precisamente el exceso de desarrollo de dicho órgano, y no se contentan con una infiltracion grasienta moderada, sino que, por el contrario, se llega á los extremos más graves, desarrollándose entonces una enfermedad que podria producir la muerte del animal.

Combinase este estado con otras enfermedades, como la tuberculizacion pulmonar, la disenteria y el escirro, y áun sin estos trastornos, el estado adiposo, excesivo por si mismo, produce la casi suspension de la secrecion biliar, la anemia se marca cada vez más ostensiblemente y termina por la muerte en medio de los accidentes de un marasmo, que hace rápidos y constantes progresos.

¿Quién podrá negar que efectuar esto con un animal es muy cruel? ¿Y quién negará el que siendo fácil que esos hígados lleguen á un estado adiposo excesivo, debiamos tener más escrúpulo del que generalmente usamos para comer el *foie gras*?

En Francia se ha buscado muchas veces el hígado graso por medio de la demacacion general del pato. Larey dice que antes se encerraba á estos animales en cajas estrechas y calientes, sin darles ninguna clase de alimentos; caian entonces enfermos, y á costa de la debilidad y aniquilamiento de todos los órganos, se hacia graso y voluminoso el hígado.

Pero dejemos esta parte, científica hasta cierto punto, para no alarmar á los aficionados al sabroso alimento, y vamos á ocuparnos de los procedimientos que hoy se siguen para fabricar lo que un autor ha llamado aves de lujo, por si hay algun aficionado que quiera entretenerse preparando por si mismo el aristocrático *foie gras*.

Los romanos conocieron este arte sin duda alguna. Petronio, hablando del festin de Trinalcion, lo da á entender con bastante claridad; Willis confirma esto, asegurando que en los tiempos de los Césares se cebaban gansos para obtener hígados grasos, y era natural que en la época del refinamiento de los placeres se hubiera elevado el de la mesa hasta el grado que el *foie gras* revela. La tradicion cuenta ademas que Mathiem, cocinero del Cardenal Principe de Rohan, poseia el secreto de engrasar el hígado de los patos; de modo que bien puede asegurarse que en toda época y en todo lugar en que se ha comido bien, se ha conocido el delicado manjar que hace actualmente la delicia de los gastrónomos.

Hoy esto no es un secreto de un cocinero hábil; hoy existe una vasta industria, sumamente productiva, que continuamente progresa en sus procedimientos, y que ha de llegar muy en breve al último grado de la perfeccion.

Chartres, Amiens y Strasburgo se disputan el privilegio de obtener mejores hígados grasos; son tres ciudades que rivalizan por las catedrales y por las ocas; son tres ciudades igualmente célebres para el arte y para la cocina; igualmente estimadas de los artistas y de los gastrónomos.

Para éstos, sin embargo, triunfa Strasburgo de sus dos competidoras; las aves criadas en las orillas del Rhin parecen más grandes, el maíz se escoge allí con mayor escrúpulo, y los cuidados que á dichos animales se consagran son mayores que en ninguna otra parte.

Es general creencia que para el engrasamiento se empieza por clavar sobre una plancha de madera las membranas que unen los dedos de las referidas, aves y que ademas se les arranca los ojos, en cuyo caso los criadores serian una especie de verdugos desalmados; nada de esto se hace; ya hemos dicho que en algun tiempo se ha creido necesario para cebar un animal el privarle de la vista; pero hoy, respecto de los patos, no se hace más que privarlos de la luz, lo cual, aunque no sea tan cruel, produce los mismos efectos.

El enclavamiento de las patas se sustituye con la prision celular; la moderna teoria sobre sistemas penitenciarios ha sido aplicada de fijo á los patos antes que á nadie; y si por este hecho se juzga, no cabe duda alguna de que los futuros criminales, cuando terminen sus condenas, saldrán robustos de las cárceles públicas.

La eleccion de las aves que á tal objeto deben destinarse no es un punto poco importante; hay muchas señales que sirven para distinguir las que tienen buenas condiciones para el engrasamiento, de las que no reúnen esas cualidades; generalmente se procura que sean finas y sonrosadas las membranas de las patas, y ademas se tiene especial cuidado acerca de la zona en que se hayan criado.

Un pato en buenas condiciones para el engrasamiento se vende al precio de 18 á 20 rs.; el gasto de maíz para cebarlo se calcula en unos 14, de modo que su valor real despues de engrasado suele acercarse á 40 rs.; pero como los cuidados del criador deben pagarse tambien, resulta que adquiere mucho mayor precio, y que el hígado solo, si no es deforme y es limpio; suele valer los 30 reales.

Para comenzar el engrasamiento, hay que ir acostumbrando poco á poco al pato á la pérdida de la libertad; primero, se le tiene reunido con otros en una habitacion con poca luz y cerrada; despues que han pasado algunos dias, se le coloca en su celda especial, que es de madera, y de la que sólo puede sacar la cabeza y el cuello.

Tres veces cada dia pasan por las manos del hombre para recibir el alimento, que consiste en una pasta de harina de maíz; esta racion va aumentándose poco á poco, hasta que en los últimos dias se llena completamente el buche del animal en cada comida.

Este trabajo requiere mucha constancia: si se deja de dar el exceso de alimento que el engrasamiento exige, se ha perdido en un solo dia el trabajo de muchos.

En un mes, poco más ó menos, queda terminada la operacion, si bien unos animales exigen más tiempo y más alimento que otros. El dia que se considera concluida, se da muerte al ave, y despues de dejarla enfriar completamente, se extrae el hígado con sumo cuidado y se le limpia de cuanto le rodea.

Un hígado bueno puede pesar 500 gramos; pero no es por el peso precisamente por lo que se estima su valor; ante todo, se quiere que tenga buen color y que no presente deformacion alguna, cosa no muy comun por cierto.

Despues, ya saben nuestros lectores el uso que se da á los hígados grasos y la poca aprension con que son devorados por el mundo gastronómico, que es lo mismo que decir el mundo civilizado, entre los que prefieren á todas las obras humanas *La Fisiología del gusto* de Brillat-Savarin.

Sentirémos que despues de leer este artículo haya alguien que se decida á no volver á probar en su vida el hígado adiposo; pero creemos que resuelva todo lo contrario, porque, diga la Medicina lo que guste, la experiencia enseña que se puede comer sin temor, á menos que se haga un exceso, igualmente perjudicial con cualquier clase de alimentos.

Por si en vez de repugnancia siente alguien apetito y desea probar cuanto antes el sabroso *foie gras*, le repetiremos lo que sobre esta materia ha dicho un gastrónomo extranjero:

«Comer el *foie gras* sin trufas, es como leer una ópera sin saber ni poder entender la música.»

EMILIO SANCHEZ PASTOR.

## LOS LLANOS.

PROPIEDAD DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE SALAMANCA.

Está situada esta magnífica posesion á poco más de una legua de Albacete, ciudad cuyo nombre, como es sabido, se deriva de la palabra *Albasite*, que en árabe quiere decir tierra llana.

Por una ley de la naturaleza, la criatura humana, como todos los seres que pueblan el universo, toma instintivo cariño á los lugares en que vive; á los sitios en que se desarrolla y que satisfacen sus inclinaciones, proporcionando distraccion y solaz que suelen dulcificar, aunque con alegría transitoria, el por lo comun difícil camino de la vida.

El que escribe estos renglones declara, por su parte, que *Los Llanos* vienen siendo para él desde hace mucho tiempo una especie de oasis en medio de las agitaciones del mundo. Sembrados están allí por do quiera multitud de recuerdos que dan nueva animacion á personas, á cosas y á ideas que se han ido sucediendo, y cuya memoria constituye lo que podriamos llamar el caudal histórico de nuestra propia existencia.

A *Los Llanos* he ido yo, rodeado siempre de amigos queridos, á celebrar alegrías ó con el intento de olvidar dolores.

Merced á la antigua, generosa é invariable amistad de su dueño, nunca por mí bastante agradecida, he sido y soy cariñosamente obedecido en aquellos sitios, como si todo me perteneciera, teniendo el derecho de llevar y traer, para que disfruten de los goces que la vida del campo proporciona, á mis amigos personales. Yo he disfrutado, en fin, desde que posee aquellos extensos contornos el Sr. Marqués de Salamanca, todas las ventajas de la propiedad, sin sufrir ni una sola de sus cargas.

Hacerlo público, escribiendo estos renglones, no

es, en verdad, la menor de las satisfacciones que me han proporcionado *Los Llanos*.

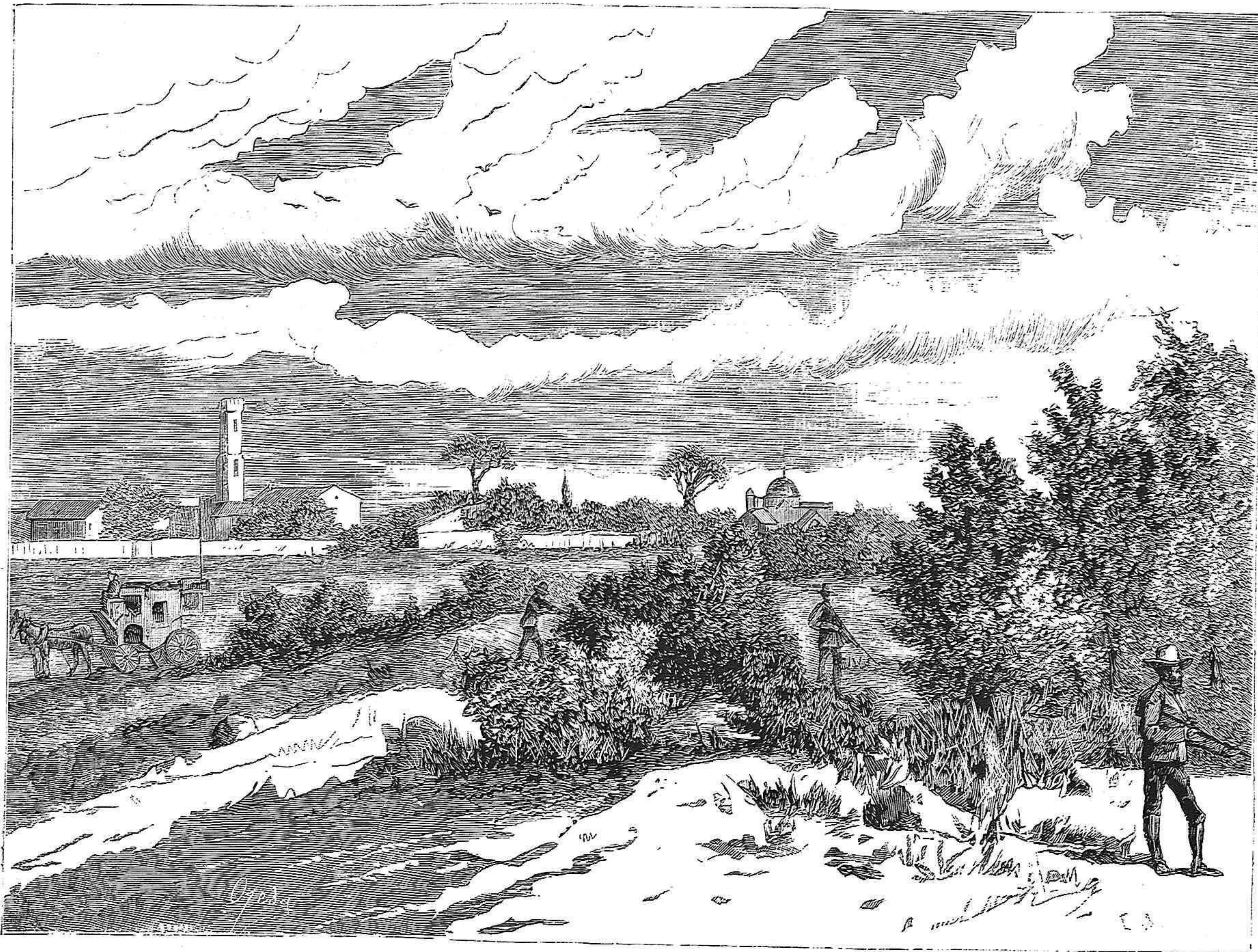
Por lo comun, se llega á *Los Llanos* cuando ilumina, el horizonte los primeros albores, pues la manera de hacer el viaje más corto es tomar el tren de Madrid que se detiene en Albacete por la mañana.

\* \*

Descúbranse, desde la carretera que atraviesa una inmensa explanada, á cuyo lejano fin se levantan las cordilleras de Alcázar, Yeste y Almansa, las suaves colinas de *Los Llanos*; los variados contornos de las carrascas y lentiscos que forman el bosque; las copas de los pinos y las siluetas de

la iglesia con sus muros rojos; su elegante cúpula cual si extendiera sus alas protectoras sobre todos los edificios de alrededor, en medio de los cuales se levanta gallarda, esbelta y majestuosa la torre que recientemente ha hecho construir el Sr. Marqués de Salamanca, y que tiene la misma forma de la torre *del Barcello*, de Florencia. †

Apénas atraviesa la puerta de hierro el *Stagecoach*, landó ó carretela en que se atraviesa el espacio que separa la Estacion de Albacete de *Los Llanos*, siente el espíritu impresiones agradables. Las fatigas, aunque ligeras, siempre molestas del viaje, han terminado; los goces de la caza y las alegrías de la vida del campo van á tocarse, y un instante despues se encuentra uno entre personas



LOS LLANOS, PROPIEDAD DEL EXCMO. SR. MARQUÉS DE SALAMANCA.

queridas, que todas se afanan á porfia por servirle y complacerle.

A la puerta del coche, para estrechar el primero la mano del viajero que llega, si es amigo antiguo, y para saludarle respetuosamente si es moderno, está Miguelon, el guarda mayor, el camarlengo, como si dijéramos, de aquel Palacio y de aquellos Estados; la piedra angular del edificio social de *Los Llanos*, la tradicion hablada de aquellos lugares.

Miguelon necesita para explicarse la mitad de las palabras, de las frases, de las oraciones que usa el orador de estilo más lacónico. Su sobriedad de voces, sin embargo, no oscurece los conceptos ni priva de color, belleza y claridad á las narraciones; al contrario, las formas literarias de Miguelon son agradables y, en ocasiones, hasta seductoras. Con un gesto suple una palabra, con una palabra dice una frase, con una frase se entera cualquiera, que no sea lerdo, de lo que Miguel quiere. Nunca he sabido la edad que tiene Miguel, pues si bien un reuma tenaz, producido por la predileccion que las organizaciones fuertes tienen

por el zumo de la uva en todas sus espirituosas manifestaciones, le obliga á gallardearse cuando anda, como buque mecido por las ondas inquietas del mar, se conserva Miguel robusto y sólido cual gentil mancebo, á pesar de haber estado en la otra guerra civil casi desde que se dispararon los primeros tiros.

\* \*

La historia militar de Miguel es en extremo patética é interesante. Nació en Navarra, en los alrededores de Pamplona, de donde tradiciones de familia y juvenil devocion á los consejos del cura de su aldea lo llevaron á la faccion, cayendo en los primeros combates prisionero de las huestes que capitaneaba el bravo y entendido D. Luis Fernandez de Córdova. Por desdicha de Miguel, la guerra atravesaba en aquellos momentos por uno de sus períodos más crueles, y los prisioneros, entre quienes Miguel estaba, fueron condenados á muerte en cumplimiento de inhumanas y bárbaras represalias. Formáronse las tropas con el general en jefe á la cabeza el dia de la sangrienta heca-

tombe, y al desfilar los que un momento despues iban á morir, como pasaban los gladiadores romanos por delante del César, llamaron la atencion de D. Luis Fernandez de Córdova la niñez, gallardía y gentileza de Miguel, que caminaba al patíbulo, como aquellos súbditos del pueblo rey, de quienes cuentan las historias que estudiaban la manera de morir en actitud más bella.

El que fué despues Marqués de Mendigorria llamó á Miguel, haciéndole salir de la fila de los condenados al último suplicio.

—Di ¡viva la Reina!— exclamó el general — y te perdono la vida.

—¡No lo digo, contestó el prisionero: que me maten!

—Di ¡viva la Reina! replicó el general enfurecido, ó te fusilo en el acto.

—No lo digo, contestó con entereza el navarro.

La noble energía de Miguel admiró al general, y templó su creciente indignacion. Miguel permanecia resignado y enérgico, pero en actitud modesta y respetuosa; entónces D. Luis Fernandez de Córdova, cuya alma pertenecia á la raza de



almas de los héroes, le dijo con acento cariñoso y suma afabilidad:

—Vamos, ¿quieres venirme á ser criado mio?

—Eso es otra cosa, contestó variando tambien de tono Miguel.

\* \*

Desde este momento Miguel dedicó su vida al servicio y á la defensa de su libertador. El general Córdova le tomó extraordinario cariño, conservándole á su lado hasta la hora de su muerte y dejándole recomendado, en trance tan fatal, á su íntimo amigo, el hoy Marqués de Salamanca, que tomó desde luego á Miguel bajo su protección, desempeñando el cargo de guarda mayor de *Los Llanos*, con todas las preeminencias á él anejas, desde el punto y hora en que el Sr. Marqués de Salamanca adquirió aquellas extensas propiedades.

Secundan á Miguel en la guardería Tomás y Marcos, tipos, cada uno en su género, no ménos nota-

bles, y que, al llegar el coche con los invitados, se presentan á respetuosa distancia, formando lo que pudiéramos llamar el Estado Mayor de aquel General en Jefe.

Es Tomás, sobrino de Miguelon, navarro como su tío, y del cual, excepcion hecha de la corpulencia por donde alcanza el aumentativo su nombre, ha heredado las demas cualidades que deben estar, sin duda, vinculadas en la familia.

Aunque de estatura pequeña, relativamente á su raza, es fornido como un atleta, ágil como un corzo, respetuoso como un niño; monta á caballo como el Centauro Neso; su valor es célebre en toda la comarca, y la dulzura de su carácter compite con la energía indomable de su espíritu en las fatigas y peligros de la vida del campo.

Su sobriedad de palabras es tal, que llega en ocasiones á hacerse comprender, casi por señas; pero una dulce y simpática sonrisa, dibujada perennemente en su fisonomía, pone de manifiesto el

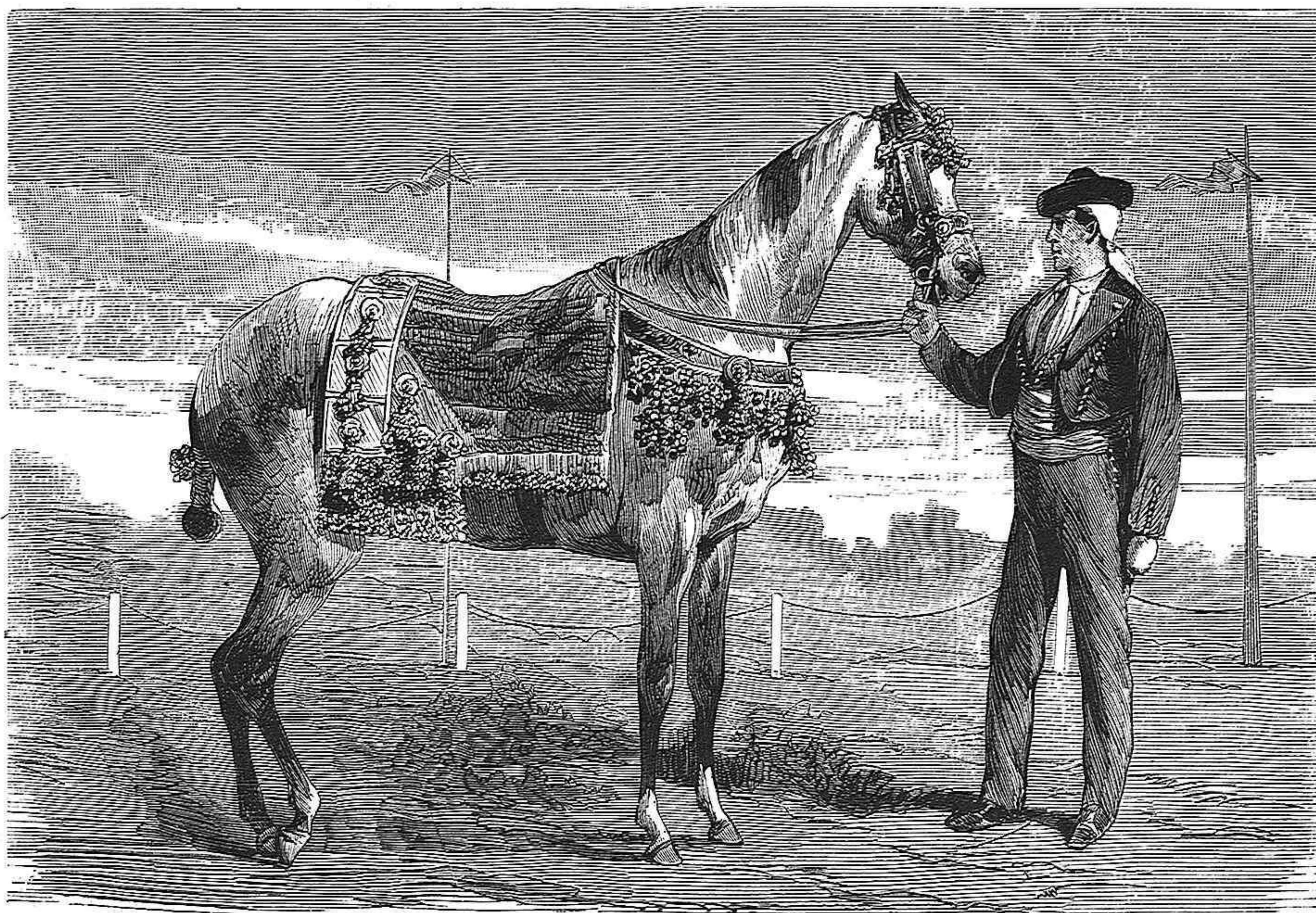
invariable deseo de servir y complacer á cuantos huéspedes visitan el palacio y el monte.

Marcos se presenta más alegre, más decididor y más gallardo; montan ambos guardas en los días de caza dos yeguas de media sangre, nacidas en *Los Llanos*, descendientes del célebre caballo Caton, que tantas victorias alcanzó en los hipódromos de Aranjuez y de la Casa de Campo.

Tomás y Marcos, caballeros en sus yeguas, con las cornetas de caza á la espalda, señalan los ojeos segun el viento que corre, y guían, cada uno desde un extremo del ala, á los ojeadores.

Por la llanura del terreno y por la elevacion y frondosidad de las matas y malezas que lo cubren, se caza allí de una manera tan cómoda como extraordinaria.

Salen los cazadores en un *Stage-coach*, en la diligencia inglesa, como allí se llama, tirada por dos poderosos mulos ó por dos yeguas de raza bretona, y puede cruzar el monte en todas direcciones por



LOS LLANOS, DEL SR. D. SEGUNDO BRÚ, VENCEDOR EN LA CARRERA NACIONAL DEL 31 DE ENERO Y DE LA DE 4.000 METROS EL DOMINGO SIGUIENTE.

camino al intento preparados, hasta llegar á las manchas que han de ojearse. Van en el coche dos grandes mástiles con sus respectivas banderas rojas, uno atado en firme al carruaje, y otro suelto, que coge uno de los guardas de á pié (provisto tambien de su corneta de caza), y que coloca en el otro extremo de la línea en que ha de formarse la ballesta.

Tomás y Marcos á caballo, descubren desde sus puestos las banderas, y previo recíproco anuncio, hecho con las cornetas, de que todos están colocados por una y otra parte, comienza el ojeo.

Los gritos, las voces, los silbidos, el clásico—*ahí va, ahí va*—y el extraño é indígena—*topéle, topéle*,—voz con que los ojeadores de Albacete tienen por costumbre ahuyentar á los habitantes de las selvas, resuenan en el espacio, y anuncian á los cazadores la presencia de las liebres y las perdices que forman las avanzadas del grueso ejército de conejos que se presentan al poco rato, ya escurriéndose astutos por lo más rudo de la espesura, ya atravesando, vigilantes y rápidos, llanuras y encrucijadas.

Los disparos se confunden con las exclamaciones, y al multiplicarse unas y otras, aumenta el entusiasmo de cazadores y ojeadores.

La perdiz que cae muerta ó herida, al atravesar las escopetas, arranca vivas y bravos entusiastas en toda la línea; el fuego y la animacion crecen, hasta que el sonar de las cornetas anuncian á batidores y escopetas que el ojeo ha terminado.

Sea éste de perdices, de conejos ó de ciervos, que cada uno tiene su fisonomía especial y su colocacion adecuada, al concluir, los cazadores suben al coche para colocarse de nuevo en otra mancha, y en este trayecto se discuten los lances, peripecias y accidentes ocurridos, se alaban los tiros difíciles, cayendo bajo el inflexible imperio de una crítica despiadada, á que ningun fiscal pone cortapisas en el fondo ni en la forma, el desdichado mortal cuyos ojos no supieron medir bien la distancia ó cuya mano obedeció con torpeza las indicaciones del espíritu.

Embellece este cuadro, unas veces, un sol de oro y un cielo azul, sobre el cual se destacan las lejanas cordilleras en un extenso horizonte, y otras, nacaradas nubes, que forman los más caprichosos grupos en el ancho ambiente que sirve de bóveda celeste á aquellas espaciosas llanuras.

Terminada la partida, el *Stage-coach* conduce los cazadores á la casa, en cuya puerta estará infaliblemente, gallardeándose sobre sus desiguales piernas, Miguel, de espera, para recoger las escopetas, guardar las municiones y apuntar el número de piezas que arroje la vaca de la diligencia.

\* \*

Se entra en la casa de *Los Llanos* por un espacioso recibimiento, donde están los armarios que contienen las escopetas, las municiones, los cuernos y las trompas de caza, sillas portátiles y cuan-

tos instrumentos, en fin, son necesarios para el ejercicio del arte que simboliza Diana.

A la derecha, una ancha mampara de cristales da entrada á la espaciosa y elegante escalera que conduce á las habitaciones altas, en que más de treinta convidados pueden cómodamente albergarse.

En frente de la puerta de entrada está situada la sala de billar, y más allá tres ó cuatro salones elegantemente amueblados proporcionan ingreso á la tribuna de la iglesia.

Antiguos muebles traídos de Italia; arañas de cristal de Venecia; tapices flamencos; tibores del Japon; guerreros con armaduras y cuadros representando asuntos á la índole del edificio adecuados, adornan aquellos alegres aposentos.

Un armario notabilísimo del siglo *xvi* sirve de mostruario á vinos de distintas clases que conservan preciosas botellitas de cristal, forradas de paja, precedentes de Turin y de Florencia, y á ramas de hermosa seda, producto de los gusanos que crían las moreras del Salobral.

Cuando el Marqués de Salamanca compró la posesion de *Los Llanos*, existían únicamente una iglesia casi derruida y unos aposentos miserables, que son hoy salones espaciosos y cómodas viviendas.

Dedicada ha estado de antiguo esta iglesia al culto de Nuestra Señora de *Los Llanos*, cuya efigie se conserva en un cuadro de la época, perfectamente restaurado, con una leyenda al pié que atestigua su fundacion.

Pertenecía en los pasados siglos la iglesia, que posee un retablo de talla muy bueno y una notable escultura de la virgen de las Mercedes, á los caballeros de Chinchilla, celebrándose en ella ahora el Santo Sacrificio de la Misa los domingos, y cuantas fiestas celebra la religion católica, á cuya misa acuden con piadoso fervor los empleados, los sirvientes de la casa y los labradores de la vecindad.

Al lado de los salones hay una espaciosa galería con puertas al patio, cuya atmósfera dulcifica en invierno elegante chimenea, y cuyas paredes adornan cabezas disecadas de ciervos y de jabalíes, buhos y otras alimañas muertas por los cazadores que frecuentan el coto. Esta galería es el centro, por decirlo así, de la vida de *Los Llanos*. Mesas de tresillo proporcionan entretenimiento en los días lluviosos ó frios á los concurrentes, y espaciosas butacas sirven de escaño á los parlamentos cinéuticos, donde se relatan los sucesos del día en entretenidas narraciones, que no son copia fiel de la verdad siempre.

Formando ángulo recto con ésta galería arranca otra de más extensas dimensiones, adornada con caprichosos cuadros de Goya, con varias chimeneas de mármol también, en cuyo centro un piano mecánico acompaña fácilmente con armónicos sonidos, en momentos de alegría, á los aficionados al baile. En el extremo opuesto á la puerta de entrada está el comedor; á la derecha hay espaciosas viviendas con cuantos requisitos pueden hacer la vida agradable, y á la izquierda, puertas de cristales, que dan al patio, regalan hermoso solen invierno y fresco ambiente en primavera y en verano. Árboles frondosos extienden en el patio sus ramas, donde se albergan y cantan alegres los goriones y otros mil pajarillos del campo. Una verja y puerta de hierro forma el tercer lado del cuadrado del edificio, y en el cuarto están, como hemos dicho ántes, el comedor, las cocinas, despensa, comedor de criados, lavaderos y otras dependencias para las necesidades de la existencia necesarias.

Sirve de comedor una extensa sala cuadrada, situada en un ángulo del edificio y con dos fachadas, por consiguiente, al parque de árboles de que está rodeado. Puertas de cristales de maderas, que se doblan en dos ó tres hojas, dan á este aposento luz y alegría.

Las habitaciones altas no son ménos magníficas que las de la planta baja, especialmente el cuarto de dormir del Marqués de Salamanca, que, como el comedor, tiene vistas dobles, risueñas y festivas y muebles florentinos de ébano y marfil.

\* \*

Tal es la casa de *Los Llanos*, donde se han pasado tantas horas tranquilas y apacibles, en que el alma olvida por completo las luchas agitadas de la sociedad y de las pasiones del mundo en una especie de retiro que convierte en verdadero paraíso la afición de la caza, los grandiosos espectáculos de la naturaleza y los vínculos de una amistad, ni por un solo instante, en el largo curso de muchos años, enfriada. Más... ¡Ay, que faltará eternamente en ella un sér cuya presencia le daba aún mayor encanto! Ya nunca encontraremos los cazadores al volver del monte, espíritu festivo y amable, donosa y gallarda hermosura que tuviera por instinto pendiente de sus labios la palabra, al oído y á la amistad más grata. No estará allí el ángel del hogar, que interrumpía con natural gracejo cualquier conversacion que pudiera ser desagradable; toda controversia de palabra que resfriara por un momento siquiera el fraternal contento en nuestras excursiones siempre reinante.

La jóven Condesa de Urbaza ya no existe.

Los graciosos contornos de su gentil talle serán dibujados eternamente por la imaginacion de los numerosos amigos del Marqués de Salamanca en los muros de aquel palacio, que llorará su eterna ausencia. La dulce voz de aquel sér de todos amado no interrumpirá ya nuestros campestres diálogos, y la alegría de otros tiempos se trasformaría en soledad desgarradora si no mitigase el general dolor la constante amabilidad y agradable trato de la hija de nuestro amigo, de Pepita Salamanca, que no parece si no que centuplica sus esfuerzos por hacer en aquella mansion las horas agradables, cual si tuviese que llenar los múltiples debe-

res que ántes compartía con uno de los seres más queridos de su alma.

La rudeza del clima, excesivamente frio en invierno, ha separado también hace tiempo de nuestras expediciones de caza á otro de los más encantadores adornos de aquellos sitios, queridos para cuantos de años atrás los venimos frecuentando; la naturaleza delicada de la esposa de D. Fernando Salamanca le impide concurrir, como en años más felices, á las cacerías de *Los Llanos*. Su donosa hermosura, su extraordinaria distincion, el angélico júbilo de su peregrino rostro no nos acompaña ahora como en otros tiempos, en estas horas de grato solaz y de descanso. Que en esta peregrinacion de la humana existencia, la dicha y los placeres no son eternos, y la mano impía del destino, por inesperadas combinaciones, los transforma y varía cuando no se empeña cruel en marchitarlos.

Recuerdan otras horas y otros tiempos, y son como tradicional cadena que unen el presente con el pasado, Bruno y Juana, viejos conserjes de la casa, encarnacion viva de su historia, rodeados de chiquillos que todos, como quien dice, hemos visto nacer, que han crecido y crecen á nuestra vista, y que, mozuelos ya, van con los batidores al ojeo, en representacion del sucesivo tránsito de las generaciones.

Existia enfrente del antiguo convento de Nuestra Señora de Los Llanos, fundado por los caballeros de Chinchilla, un convento de frailes franciscanos, que la guerra civil destruyó casi por completo, y en cuyo antiguo emplazamiento ha construido el Sr. Marqués de Salamanca espaciosas cuadras, grandes cocheras, extensos graneros, un palomar magnífico, varias casas para la administracion y dependencias de la labranza, y un gran patio rodeado de *boxes* con sus correspondientes corrales detras, para esparcimiento de los potros magníficos que allí se crían.

Inmediato á este segundo grupo de habitaciones hay una huerta, dotada de una máquina de vapor para llenar de agua su gran estanque.

La superficie que separa ambos edificios está plantada de árboles, dibujando las avenidas que unen la casa con el monte.

Multitud de olorosos rosales y otras flores engalanan en primavera y verano aquellos contornos y embalsaman la atmósfera con su fragancia.

El terreno que separa esta especie de jardin del monte, tiene grandes plantíos de pinos, nogales, moreras y arbustos varios, regados por otro estanque de grandes dimensiones, que una máquina de vapor, de más fuerza, llena de agua corriente, y en el cual se crían hermosas carpas y tencas riquísimas, y que proporcionan á los aficionados la diversion de la pesca.

Al lado de la huerta existen tres pinos seculares, desde cuyas corpulentas ramas anuncian con sus graznidos la venida del día los pavos reales; las gallinas de Guinea buscan en ellas también albergue; á su alrededor revolotean millares de palomas zuritas, que vuelan desde el palomar á los sitios en que se deposita el abono de las tierras, y de allí á la cúpula de la iglesia. Gallinas negras, pues la que no tiene este color nace condenada á muerte, y pavos comunes de dimensiones extraordinarias, picotean y se revuelcan gozosos á la sombra de los árboles.

Detras del plantío de árboles comienza el monte, rodeado de una interminable tapia y dividido por otra, en medio, en dos grandes extensiones, que juntas miden 3.800 fanegas de tierra. En una y otra extension crecen frondosas las carrascas, las matas de tomillo, de romero y de salvia; las atochas de esparto proporcionan cómodo nido á las perdices, y grandes grupos de jóvenes pinos presentan una perspectiva agradable con su verdor constante.

En la extension llamada el Monte antiguo existen los restos de un pozo artesiano que no pudo concluirse, á pesar de haber profundizado el barrenado cerca de 250 metros, teniendo que abandonarse á los tres años de trabajo y despues de haber gastado más de 45.000 duros, por la resistencia que presentaron sucesivas capas de mármol y cuarzo puro, en que se rompian los taladros.

Sólo hay perdices, conejos y liebres, en esta parte de la cerca, y en la otra se crían, además de estos animales, corzos y venados.

Son los más célebres, sin duda, entre los muchos sitios donde se caza en batida dentro de las tapias, los ojeos conocidos con los nombres de los *Pinos*, del *Camino del Medio*, del *Rincon de la Humosa*, de la *Puerta de Oran*, del *Lago*, del *Vallejo*, de la *Ladera*, del *Rincon de la Tapia*, del *Molino*, y otros varios, todos notables por la multitud de conejos, liebres y perdices que siempre se encuentran en ellos.

Hace muy pocos días, es decir, á fin de temporada, y despues de haber muerto en el año más de cuatro mil piezas, pues la veda debe abrirse cuando este número de *EL CAMPO* llegue á manos de nuestros suscritores, han estado en *Los Llanos*, acompañando á la señorita de Salamanca, nuestros amigos los Marqueses de Campo Sagrado, de Ahumada y de Castrillo, el Conde de Gomar y los señores Pereira, Valdés y Heredia, y en un día, en algunos de los ojeos ántes referidos, mataron ciento sesenta conejos, veintiseis perdices, tres chachas y diez y ocho liebres.

Hay en *Los Llanos* días clásicos de caza y días que podríamos llamar de mero entretenimiento, cuando las damas toman parte en la batida. Fíjense nuestros lectores el número de conejos que será preciso haya en un monte para que lleguen hasta las escopetas, si en cada puesto se colocan una ó dos señoras, con sus correspondientes sillas, por si los ojeadores tardan; su abrigo al brazo, por si se levanta aire fresco; su paraguas ó su sombrilla, por si llueve ó por si el sol despide con vigor sus dorados rayos; su papel de emparedados, por si el almuerzo se retrasa, y su frasco de vino de Jerez por si siente debilidad el estómago, con el correspondiente coro de comentarios, preguntas y avisos, dirigidos de puesto á puesto.

Recordamos una dama, que nos es muy simpática por cierto, y por quien sentimos afectuosa amistad, que, aunque su marido esté á media legua de distancia, le dirá diez veces en cada ojeo, que tenga cuidado de la escopeta; que no se fie de los que tiene al lado, que son muy distraídos; que registre los cartuchos al colocarlos, y otras mil advertencias de esta índole, que atestiguan el amor que profesa á su cara mitad, pero con las cuales avisa á los conejos y liebres donde está el peligro y eleva á las perdices hasta las nubes.

Un deber de imparcialidad ineludible nos obliga á declarar, sin embargo, que concurren allí también mujeres lindísimas dotadas de un organismo de verdaderas cazadoras; silenciosas en sus puestos, fija la atencion en las avenidas y ágiles en el manejo del pequeño fusil que tienen en sus preciosas manos.

En esto, como en todo, la variedad en la unidad constituye la belleza.

\* \*

Fuera del monte que las tapias rodean, posee el señor Marqués de Salamanca una viña de cerca de un millon de cepas, que por su juventud no está, ni con mucho, en completo producto. La planta que produce uva blanca es procedente de Jerez y de Montilla, y la que produce uva negra es en su mayor parte de *Bourgogne* y *Clos Bougeot*.

En el centro de aquel extenso majuelo se levanta una espaciosa bodega, capaz de contener toda la cosecha, con una hermosa pipería construida en *Los Llanos* con duelas de robles de la sierra de Guadalupe, donde posee una magnífica finca el señor Marqués de Salamanca.

\* \*

Lomas extensas, cubiertas de pasto, en que se produce además rico y abundante esparto, posee también el Sr. de Salamanca en aquellos contornos, y en las cuales se mantienen dos hatos de más de mil ovejas cada uno.

Al pié de estas lomas se levantan los grandes plantíos de chopos, álamos negros y moreras del Salobral, y al otro lado se extiende el coto del Pozarro y el cortijo del mismo nombre, que labra hoy nuestro amigo D. José de Cárcer. Contiguo á la viña se extienden las *Gorrineras*, sitio en que están las labores del Sr. Marqués de Salamanca, con arados de vertedera, trilladoras, aventadoras y cuantas máquinas ha inventado la agricultura moderna. Los mulos que se emplean en las faenas son nacidos allí, hijos de yeguas inglesas, pura sangre y media sangre, cuyos bríos se pusie-

ron de manifiesto el día en que uno solo condujo en un *Mail-coach*, desde Madrid al Pardo, en menos de media hora, á S. M. el rey D. Alfonso XII con trece personas de su acompañamiento; los bueyes que trabajan en aquellas labores proceden de la Quinta de Vista Alegre: son de hermosa figura, muy corpulentos y más ligeros arando que las mismas mulas.

En los prados de las *Gorrineras* pastan además las yeguas magníficas que posee el Sr. Marqués de Salamanca, algunas de las cuales han corrido en los antiguos hipodromos de Madrid y de Aranjuez; de estas yeguas procede el caballo *Los Llanos*, que ganó la carrera nacional el día 31 de Enero, y la de los 4.000 metros al domingo siguiente, cuyo retrato, con los arreos de la primera carrera, publicamos al pié de este artículo.

Brotan en las *Gorrineras* tres manantiales de agua cristalina que corren por arroyos en que se crían riquísimos cangrejos, proporcionando divertida pesca, y que van á desaguar en el río inmediato.

Un burro garañón, de raza manchega, magnífico; un caballo padre árabe, y otro de la casta del Sr. Marqués de Alcañices, fomentan la raza caballar y mular, de que antes nos hemos ocupado.

El monte, las labores y los prados que componen, finalmente, la posesión de *Los Llanos*, forman un área de más de 30.000 fanegas de tierra.

Hemos descrito, al correr de la pluma, los estados, pues no merecen otro nombre, que cerca de Albacete posee el Excmo. Sr. Marqués de Salamanca y que administra con inteligencia nuestro amigo D. Segundo Brú, después de la muerte de su padre político D. Francisco Navarro, que estuvo á su frente desde que los adquirió el Sr. Marqués. Los sirvientes de *Los Llanos* cuentan por veintenas y decenas de años sus servicios; allí están desde su fundación: Miguelon, Tomás, Marcos, Bruno y Juana, y el cochero Trinidad con su numerosa prole, todos, por su respetuoso cariño y por sus excelentes prendas, del que escribe estos renglones y de cuantos visitan *Los Llanos*, muy queridos; verdad es que igual suerte tienen casi todos los criados del Excmo. Sr. Marqués de Salamanca, del cual, por la amabilidad de su carácter, por su gran corazón y por su generosidad, es difícil separarse, una vez conocido y tratado.

Las relaciones que existen entre el Sr. Marqués de Salamanca y sus servidores son siempre, más que de dependencia pagada, cariñosas y familiares.

Un día Miguelon, que quiere á su sobrino Tomás como si fuera su propio hijo, siendo éste mozalbate, le pegó por no sabemos qué descuido involuntario. La dignidad de hombre, que prematuramente en Tomás comenzaba á presentarse, se sintió ofendida, y Tomás se presentó en Madrid á anunciar al Sr. Marqués el motivo por qué dejaba *Los Llanos* y se volvía á Navarra. Manifestóle éste gran sentimiento por su separación, que no se crea, sin embargo, con derecho á impedir.

Tomás, al escucharle, miró al suelo para ocultar su emoción, dió dos ó tres vueltas al sombrero que tenía en las manos, y con acento conmovido exclamó:

— Si V. E. lo siente, aunque me pegue mi tío, me vuelvo á *Los Llanos*.

Tal vez no hubiéramos relatado estos detalles, que ponen de manifiesto los cariñosos sentimientos que por doquiera inspira el Marqués de Salamanca; no hubiéramos escrito este artículo, cuando la fortuna volcaba sobre él, á manos llenas, cuantiosos dones, cuando vivía como nosotros le hemos conocido, cual rey rodeado de magnates, que esperaban posición y fortuna; pero hoy, que transitoriamente sin duda, la caprichosa diosa suele mostrarse en ocasiones esquiva, cumplimos con un deber gratísimo, consignando la admiración que nos merecen sus nobles cualidades y el constante cariño que le profesamos.

J. LUIS ALBAREDA.

## UN ÁRBOL HABITABLE.

Y UN CASTILLO DESHABITADO.

Los árboles seculares son blasonado timbre forestal que imprime lustre y grandeza á un parque, y si bien el arte

logra improvisar este género de títulos nobiliarios, jamás estas pomposas y flamantes arboledas poseerán el misterio de la poesía, con que los siglos, al pasar, velan las creaciones del hombre que aciertan á resistir su acción destructora.

En el parque de una gran nación, de un gran rey ó de una gran familia, admiramos el soberbio conjunto; pero allí, el más vetusto y caprichoso de los árboles no será otra cosa que uno más entre la multitud, y su vivaz follaje una vegetación oficial que la mano asalariada de un jardinero mercenario plantó y guió con la metódica indiferencia del deber. Si á él puede ir unido un recuerdo histórico, jamás el poema de la vida íntima de un sér ó de una familia hará sus páginas de las capas periódicas que engrosaron su tronco.

El tejo, oscuro hijo-dalgo de que vamos á ocuparnos, fué objeto predilecto de cuatro ó cinco generaciones más oscuras que él, las cuales sucesivamente fueron despidiéndose melancólicamente de la sombra de sus perpétuas ramas, para ir á reposar á la de los desmayados sauces, y hoy, ennoblecido con su larga vida y notables hechos, aspira á que su nombre se inscriba en los fastos de la vegeción.

Sentimos no poseer toda la suficiencia y datos necesarios para dar á nuestros lectores noticia completa de las vicisitudes de este género de árboles en España, pero á falta de mejor cosa, diremos lo que buenamente sepamos.

El tejo, de la familia de los coníferos, de hoja permanente y de bella madera amarilla, constituía una de las riquezas que los cartagineses explotaban en las islas de Córcega y Cerdeña (1), dominadas por ellos mucho antes que esta república imperase en España. Si esto se admite y aceptamos la teoría de una basta diseminación de los vegetales ó de la coexistencia de las producciones orgánicas, no parecería desprovisto de fundamentos que en el norte de nuestra Península, cuya latitud es próximamente la de estas islas, existiesen á la par que en ellas en la edad de los bosques vírgenes, tejos en suficiente abundancia para constituir riqueza. Si, por el contrario, partimos de la hipótesis de la inmigración, estando el tejo clasificado como planta oriunda de Irlanda, entonces, bien hayan hecho las semillas su expedición á merced de los vientos, ó bien aportadas por el comercio ó la Agricultura, no sería esto sin pasar antes por España, especialmente en este último caso, pues de tan oscuros tiempos no queda más huella de relaciones con las islas Británicas que el comercio y la navegación de los Erithreos, ó Gaditanos, con las Casiterides en la costa de Galicia, los cuales monopolizaban el comercio del Norte, que siempre guardaron entre sí con el mayor sigilo.

El tejo en nuestro país lo creemos en continua decadencia, si es que no completamente reducido á planta de adorno para jardines, en donde por su ramaje persistente y por lo bien que se presta á la tijera, hace un papel de primer orden, como en los de San Ildefonso, en donde constituye una de las más hermosas galas de su celebrada vegeción.

El alerce, de su misma familia, ha desaparecido muchos años hace, después de haber artesonado con su madera leve las techumbres de tantos alcázares, templos y mezquitas, y quizá el tejo está llamado á seguir su misma suerte.

En Galicia, en cuya región se encuentra el ejemplar cuyas circunstancias vamos á exponer, se encontraban en los atrios de las iglesias rurales, en el primer tercio de este siglo, tejos cuyos enormes troncos acusaban la secularidad; pero éstos han ido desapareciendo, y en esta fecha sólo alguno que otro se encuentra, contando á lo más treinta años. Esta era una especie de costumbre pia, pues una rama de este árbol se considera como insignia del romero en las peregrinaciones á algunos de los santuarios del país.

En la ría de Puenteume, en el último de los jardines que forman la media cintura de una pequeña ensenada, en que mueren tranquilamente sus aguas, ceñidas por una orilla de abruptas montañas y por la otra de fructíferas huertas y deliciosos jardines, en que se producen las camelias con despreciable facilidad, es en donde, ciento cincuenta años hace, levanta al cielo sus siempre verdes ramas este caso de supervivencia arbórea.

El año 25, el propietario de la finca en cuestión ensanchó ésta considerablemente, y después de construir una ancha glorieta avanzando en la ría, imaginó que podría hacerse de ella un magnífico jardín colocando el tejo en el centro, y como éste había quedado en lugar secundario por efecto del ensanche, emprendió su trasplantación entonces que el árbol contaba un siglo, y sin otro auxilio mecánico que el plano inclinado, salió airoso de su intento, no sin grandes dificultades. Asegurada su vida, comenzó á darle una tardía educación chinesca, que en 1840 estuvo terminada, estrenándose con una comida de veinte cubiertos en torno de la mesa redonda que circuye el tronco, establecida en el primer cuerpo del árbol.

En este período de quince años se le había dado la graciosa figura que hemos indicado, distribuyendo su ramaje en cuatro órdenes en constante disminución, afectando el primero la forma de una ancha copa, cuyo seno circuían cómodos sitios y abrigaba la mesa correspondiente: una escalera de caracol, vestida por su abundante follaje, daba cómodo acceso, y para el servicio de las comidas, hizo inmediata á la glorieta una cocina.

En las solemnidades nacionales lo adornaba de flotantes banderas é iluminaba sus discos de colgantes faroles, pudiendo decir su dueño, dado lo escondido del paraje, que el árbol hacia *toilette* para él.

Muerto este pertinaz señor, que gozaba extraordinariamente con su árbol, pasó la finca á herederos que vivían lejos de aquel pueblo, por lo que arrastró una vida indiferente largos años, hasta que un día les convino enajenarla, sin que por cierto el tejo, á que no daban la menor importancia, sumase un céntimo en la partida del contrato.

A nosotros nos cabe la tranquilidad de haberle hecho la debida justicia. Cuando los antedichos (nuestros mayores)

nos llevaban con ellos á robustecer nuestro físico en las salobres aguas, por el Eume adulteradas, aprovechándonos de su profunda siesta, cerrábamos el enojoso libro que se nos había impuesto, y desliziándonos furtivamente por los sombríos túneles de emparrados y espalleres de fruta, merodeando sin conciencia, llegamos á escalar el tejo, cuya helizoidal escalera nos estaba vedada con fuerte candado, y una vez arriba, devorábamos nuestras provisiones de fruta verde; esto hacía concebir á nuestro temido pariente escasa idea de la fecundidad de nuestra inteligencia y de sus frutales.

Su actual dueño, en estos últimos años, añadió un segundo piso habitable al persistente árbol, que amenaza ser una torre de Babel vegetal.

El paraje en que está colocado es verdaderamente encantador: el murmullo de las ondas espira casi á su pié en el silencio majestuoso de aquel apartado lugar; la agreste vegeción de la vecina orilla, en que se alza la enhiesta roca en que se asienta el castillo de Andrade, por cuyas anfractuosidades parece escucharse aún el eco de los suspiros del melancólico paje enamorado Rogin Rojal; todo concurre á embellecer el presente con la reconstrucción del pasado, y puesto que á un tiro de fusil del tejo tenemos este castillo, vamos á decir algo sobre Fernan-Perez de Andrade como *sportman*.

Este viejo monumento feudal, que en tiempos modernos pasó á ser del Duque de Berwick y de Alba, está su historia en *Castillos y tradiciones feudales de la península Ibérica*, por lo que sólo nos detendremos en aquello de que este libro no se ocupa.

Partidario Fernan-Perez de D. Enrique, el triunfo de la causa de éste, en que comprometió su vida y su fortuna, engrandeció su señorío, y Andrade fué llamado el *Bueno*. Si D. Pedro no hubiera sucumbido al puñal de Trastámara, su castillo arrasado no estaría hoy sobre la inaccesible roca desafiando victoriosamente al rayo. Si en todas épocas han sido los buenos los vencedores, á este *Bueno* hay que hacerle la justicia que peleó por el más débil.

Dueño de vasto señorío, entre varias fundaciones y obras magnas reedificó el monasterio de San Francisco en Betanzos, para cuya obra troqueló monedas de oro, que el año 42 aún existían en dicha población, pero que en esta fecha han sido infructuosas nuestras averiguaciones para encontrarlas. El bravo *sportman* dejó esculpida en este templo su afición á la montería, de cuyos atributos están sus comisas cinceladas en relieve, y el que en vida impuso al oso y al jabalí rudo tributo, quiso que soportasen en efigie el leve peso de sus cenizas, y después de cinco siglos, la urna de piedra se alza á lomo de un oso y un jabalí apareados y de enorme talla. En el medio ruinoso monasterio no ocupa hoy este monumento el primitivo lugar, y no sabemos si en él restará algo del viejo polvo del guerrero, que haya desmoronado nuestra curiosidad al desviar nuestros amigos la pesada urna, para satisfacerla cerciorándonos de que aún existen incólumes sus labradas efemérides. Es ésta de forma paralelepípeda, más ancha que alta, forma no acostumbrada en la arquitectura suntuaria fúnebre; sobre ella radica el bulto yacente de Andrade con armadura: perros y otros atributos de la muerte le rodean, y todo de bastante buen cincel, si se toma en cuenta el siglo tan poco feliz en que fué ejecutada.

En una de las caras mayores de la urna, en caracteres del lapidario cristiano, se lee: «Peres Dandrade Cavaleiro que feso este moesteiro: anno do nasomento do noso Senhor hesuxxsto de M et CCC et octenta et sete onnos», y en la otra se encuentra representada una cacería de jabalíes: los cazadores, con picas, cabalgan sobre pequeñas jacas, viéndose también los perros y los perseguidos animales, aunque todo sin ningún arte en la disposición de la escena. Esto nos hace creer que la caza del jabalí se hacía acorralándolo los picadores ó piqueros y rematándolo con el cuchillo, de cuyo uso la tradición guarda memoria, y por lo tanto, de una manera parecida á la que en el Soto de Doña Ana está en vigor.

Si los tejos van desapareciendo de día en día, el oso y el jabalí han desaparecido por completo de aquellos contornos, lo cual prueba que vamos perdiendo en caza y arbolado, sin que la civilización pueda justificarlo, pues por efecto de esta misma, transigiendo en lo referente á los osos, no habría ningún mal en que esto prosperase mejor en torno de los hoy arruinados torreones.

Cádiz.

LUIS OVALLE.

## LA CAZA DEL CIERVO EN NORUEGA.

El Príncipe reinante de Lichstenstein, su hermano Francisco y su primo Rodolfo, han ido últimamente á cazar el ciervo en los montes de Herr Hamborg, rico señor escandinavo.

Los Príncipes, acompañados del Cónsul de Austria y otros invitados, salieron de Cristianía en tren expreso; llegados á Fetsund fueron recibidos por Herr Hamborg y conducidos en landós y charavanes al castillo de Tennrud, donde los esperaba un banquete monstruo.

La caza debía tener lugar al día siguiente por una batida, procedimiento desconocido en Noruega, y que, por consecuencia, excitaba viva curiosidad, sobre todo en los viejos cazadores. Como el ciervo había estado muy bien guardado hacía tiempo, era de esperar que la cacería tendría un gran resultado.

Los ojeadores, en número de ciento ochenta, salieron muy temprano, y se colocaron en línea á la entrada del monte, prontos á avanzar á una señal.

Herr Hamborg y sus invitados llegaron en carruajes sobre las once, y echaron pié á tierra en la orilla del monte. Al mediodía los tiradores, armados con carabinas de precisión, llegaron á un lago rodeado de grandes pinos. Cuatro embarcaciones los llevaron á los diversos puntos que debían ocupar en la extremidad meridional. Cuando cada uno estu-

(1) CAMPOMANES, *Periplo de Anson*.



EL CARNAVAL.



EN LA SOCIEDAD.

EN EL REAL.



EN CAPELLANES.



EN EL PRADO.





**TIRO DE PICHON DE MADRID.**

Tirada ordinaria del día 22 de Febrero de 1878; á las dos de la tarde.

- 1.º *Match*. En 10 pichones: á 28 metros.  
Sr. D. Eduardo Anspach: 1111011111. G.  
Sr. D. Alberto Carton: 0100001110.
- 2.º Lo mismo que el anterior.  
Sr. D. Eduardo Anspach: 1000100101. }  
Sr. D. Alberto Carton: 0011011000. } partida.
- 3.º *Match*. En 10 pichones: de 21 á 30 metros.  
Sr. D. Alberto Carton: 1111111011. G.  
Sr. D. Eduardo Anspach: 1111010111.
- 4.º *Match*. En una carambola: á 22 metros.  
Sr. D. Eduardo Anspach: 12. G.  
Sr. D. Alberto Carton: 00.

La tirada terminó á las cuatro.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á

41 céntimos de peseta. El carbon. á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 13,39 á 13,62 fanega. Y la cebada, de 5,27 á 5,37 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

I.  
S a l o m e  
a l e m a n  
l e v i t a  
o m i t a n  
m a t a r o  
e n a n o s.

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.ª Célebre poetisa.
- 2.ª Aumentativo de cierto árbol muy comun en España.
- 3.ª Conjunto de cosas sobrepuestas con algun orden.
- 4.ª Lugar que se ha hecho famosísimo por un rey fantástico y pacífico que se supone reinó en él.
- 5.ª Título de un Conde poeta.
- 6.ª Presente de indicativo, plural de un verbo que expresa un modo de aclarar lo oscuro ó de conservar lo que si sólo se fia á la memoria puede olvidarse.

PROPIETARIO.

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª  
(sucesores de Rivadeneyra),  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

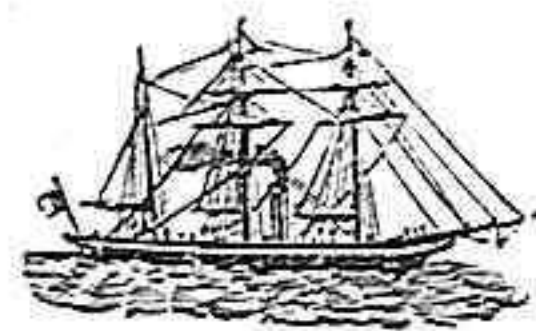
**ANUNCIOS.**

**VINOS DE BURDEOS.**

Médoc, Chateau-Laffite, Latour, Margaux, Saint-Emilion de las mejores marcas; Cognac, Fine Champagne.-Licores de Burdeos, á precios equitativos.

Se sirven pedidos desde cajas de 25 botellas en los vinos y 12 en los licores.

Para hacer pedidos y más pormenores de precios, etc., dirigirse á la Administracion de este periódico, Villanueva, 6, principal.



VAPORES-CORREOS

DE  
**A. LOPEZ Y COMPAÑIA,**  
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Las salidas serán las siguientes: De Cádiz los días 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana.—De Santander el día 20 para idem, tocando en Coruña.—De Coruña el día 21 para Puerto-Rico y Habana.—De Habana los días 5 y 25 para Cádiz.—De idem el día 15 para Coruña y Santander.—Más informes de los agentes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Santander, Angel B. Perez y compañía.—Coruña, E. de Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Alicante, Faez hermanos y compañía.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

**LA ATMÓSFERA**

EN SUS RELACIONES CON LA AGRICULTURA  
Y EL PRONÓSTICO DEL TIEMPO.

Un tomo de 480 páginas con grabados, 16 reales en Madrid en las principales librerías, y 18 en provincias, franco de porte, remitiendo libranza de su importe á D. Diego Navarro, Silva, 49, principal derecha.

**ARMAS Y EFECTOS DE CAZA.**

ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefauchaux.

**GUANO NATURAL DEL PERÚ.**

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

**CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.**

SERVICIO DE LOS TRENES.

Línea de Madrid á Hendaya.

ESTACIONES.	MIXTO.		MIXTO dis-crecional.	CORREO.		MIXTO.	
	M.	N.		M.	N.	M.	N.
Madrid.. salida..	8.05	4	6		8.30		
Escorial.. llegada..	10.08	5.23	8		10.16		
Ávila..	1.30	7.54	T.		1.05		
Medina..	5.45	10.17			4.03		
Valladolid.. llegada..	8	11.27	N.		5.50		
Valladolid.. salida..	N.	11.35	7		6.10		
Burgos.. llegada..		2.35	12.42	10			
Miranda..		4.50	N.	12.55			
Alsásua..		7		3.38			
San Sebastian.. llegada..		9.48		6.40	M.	T.	
San Sebastian.. salida..		10.03		6.55	5.10	5.05	
Hendaya..		10.50		7.50	6.10	6	
		M.		N.	M.	T.	

ESTACIONES.	CORREO.		MIXTO.		EXPRESS.		MIXTO.	
	M.	N.	M.	N.	T.	N.	M.	N.
Irun.. salida..	7.30	11.05			2.30	7.35		
San Sebastian.. llegada..	8.02	11.45			2.57	8.20		
San Sebastian.. salida..	8.14	M.			3.07	N.		
Alsásua..	11.35				5.53			
Miranda..	2.30		M.		8.05			
Burgos..	5.50		4		10.35			
Valladolid.. llegada..	9.32	9.15	M.		1.35			
Valladolid.. salida..	9.52	M.			1.49			
Medina..	11.30				8.47			
Ávila..	3.05				1.35			
Escorial..	5.45				5.25			
Madrid..	7.30				7.35			
	M.				N.			

Empalme de Venta de Baños á Santander.

ESTACIONES.	MIXTO.		CORREO.	
	M.	N.	M.	N.
Madrid.. salida..			9.30	
Ávila.. salida..			2.03	
Medina..			4.55	N.
Valladolid.. salida..			6.40	7
Palencia.. llegada..			8.07	9.25
Palencia.. salida..			8.17	N.
Reinosa..	M.		1.32	
Bárcena.. salida..			3.32	
Santander.. llegada..			8.10	6
	M.		T.	

ESTACIONES.	MIXTO.		CORREO.	
	M.	N.	M.	T.
Santander.. salida..			9	6
Bárcena.. llegada..			11.47	8.45
Bárcena.. salida..			11.55	N.
Reinosa..			2.30	
Palencia.. salida..	M.		8.35	
Valladolid.. llegada..			9.15	10.22
Valladolid.. salida..			M.	10.42
Medina..				12.40
Ávila..				4.27
Madrid..				8.40
			M.	